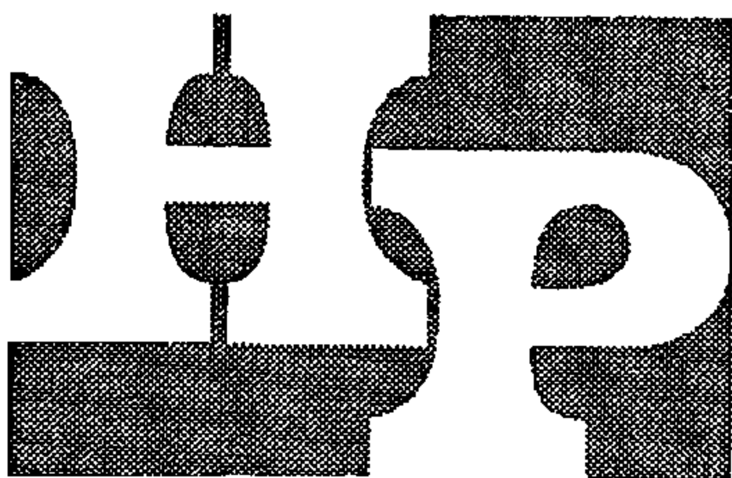


Keith Luger

DOS HOMBRES TEMERARIOS





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

DOS HOMBRES TEMERARIOS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 250
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 35069-1974

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edicción: octubre, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

George Miller, marshall de Center City, dio un respingo en la silla al oír que la puerta se abría con violencia.

Y dio otro respingo al ver al desconocido que se colaba por el hueco, un individuo de casi dos metros de altura, medio de ancho y con cara de bruto.

Por último, el marshall de Center City se sintió morir cuando aquel grandullón levantó una escopeta de dos cañones que puso delante de su nariz.

—Eh, ¿qué va a hacer…? —Miller levantó los brazos—. ¡No dispare, maldita sea!

—Eso va a depender de usted, marshall.

—Coja las llaves y saque usted al preso que quiera.

—No vine por eso, autoridad.

—Abra el tercer cajón de la mesa. En él encontrará los cincuenta dólares que tengo para comida de los presos. Ellos se quedarán a pan y agua.

—Otra vez, falló, marshall.

—¿Qué es lo que quiere entonces?

—Quiero que me devuelvan a mi hija Peggy.

Miller se quedó de muestra.

—¿A su hija Peggy?

—Sí, una pelirroja con pecas y con veintidós años.

—A mí puede registrarme… Yo nada de pelirrojas… Se lo juro… Mi mujer me las prohibió.

—Sí yo pensase que usted raptó a Peggy, ya lo habría dejado sin cabeza.

Instintivamente, el marshall se llevó la mano al cuello.

—Oiga, ¿cómo se llama?

—Matt Darlington… Pero tengo otro sobrenombre.
—El Gigantón.
—No da una en el clavo. Soy el Vengador. Me llaman así desde que decapité a un buhonero que se llevó a mi mujer.
—Demonios, debe ser mal de familia.
Matt arrugó el ceño.
—No se haga el gracioso, marshall, si no quiere que manche esa pared con sus sesos.
George Miller se quedó helado.
—Sólo quería ayudarle, señor Darlington.
—Le daré la descripción del secuestrador de mi hija Peggy. Es un tipo rubio, alto, con cara de granuja.
—¿Cual es el nombre del fulano?
—Paul Allison.
—¿Paul Allison? Por aquí no hay nadie que se llame así.
—¿Y qué me dice de las caras de granuja?
—Hay muchas en este pueblo. Perdón, quise decir que, con su descripción, tampoco adelantamos nada.
—Marshall, si no encuentro a ese hombre, va a correr la sangre.
—¿Cómo sabe que Allison y su hija llegaron aquí?
—Me dieron el soplo esta mañana. Un leñador que tiene su cabaña a seis millas de aquí me dijo que había visto pasar a la parejita de tórtolos.
—De modo que su hija Peggy dio el consentimiento para el secuestro.
—No diga eso, autoridad, o le pongo el emblema en el cogote de una perdigonada.
El marshall se puso en pie.
—Señor Darlington, le voy a echar una mano… y con eso quiero demostrarle mi buena voluntad.
—¿Qué se le ocurre?
—Visitaremos los tres hoteles que hay en la ciudad.
Darlington se pasó la lengua por los labios.
—Vamos, autoridad, dese prisa.
En aquel momento se abrió otra vez la puerta y apareció Charley Ward, el ayudante de Miller.
—Eh, jefe, qué cosa más graciosa acaba de ocurrir en la pensión de Kathy La Larga.

—No estoy ahora para oír chistes, Charley.

—Pues usted se lo pierde, porque la cosa es como para tirarse al suelo y morirse de risa.

—Ya basta, Charley. Quédate aquí mientras yo voy a cumplir una misión.

Charley se echó a reír cogiéndose el estómago.

—¿De qué te ríes, Charley?

—¿De qué va a ser? De lo que pasó en la pensión de Kathy La Larga.

—Vete al infierno.

El marshall y el grandullón Matt Darlington salieron de la oficina.

Visitaron los tres hoteles de la ciudad y, al cabo de media hora, regresaron a la oficina porque su investigación había resultado infructuosa.

El ayudante estaba sentado en la silla con los pies en la mesa y reía.

—¿Cuál es el chiste ahora, Charley?

—Me sigo acordando de lo que pasó en la pensión de Kathy La Larga.

—¡Al infierno!

Matt Darlington levantó otra vez su escopeta de dos cañones.

—Eh, marshall imagino que, con la visita de esos tres hoteles no habrá terminado su investigación.

—Está bien, iremos a los locales de esparcimiento y le juro que lo hago por usted porque ya me duelen los pies de tanto andar de un lado a otro.

Salieron de la comisaría y esta vez invirtieron cuarenta y cinco minutos en visitar los saloons y cantinas de Center City.

Por fin regresaron de nuevo a la comisaría y ahora el marshall estaba mucho más cansado que antes.

Se dejó caer en una silla y Darlington se apoyó en la pared.

El ayudante dijo sonriente:

—¿Qué les parece si ahora les cuento lo que pasó en la pensión de Kathy La Larga?

—Está bien, escúpelo de una vez, maldita sea.

—Es la mar de gracioso. Resulta que llegaron allí un tipo con cara de granuja y una chica pelirroja que está como para

comérsela… Él se llama Paul Allison y ella Peggy…

Sonó un rugido en la oficina del marshall.

Tanto Miller como el ayudante pegaron un brinco en la silla y se pusieron en pie, mirando con ojos despavoridos a la fiera que había junto a la pared. Mejor mirada, no era una fiera, sino el grandullón llamado Matt Darlington.

—Ahora me los cargo a los dos.

El ayudante levantó los brazos hasta casi tocar el techo.

—¡No dispare, señor…! ¡Yo no he hecho nada…!

—Me refería a Paul Allison y a Peggy, ayudante. Y es posible que también me lo cargue a usted, marshall. Me ha llevado de un lado a otro y no me llevó a la pensión de Kathy La Larga.

El marshall señaló a su ayudante.

—Mátelo a él por haber guardado el secreto.

El ayudante retrocedió, asustado.

—¡Se lo quise contar, jefe…! ¡Lo intenté…!

—¡Silencio! —dijo Matt Darlington—. O habrá perdigones para todos. Hable, ayudante. Cuente qué fue lo que pasó en la pensión de Kathy La Larga.

—Ahora verá. —Charley hinchó los pulmones de aire, pero de pronto empezó a reír. Se sujetó los riñones—. Ay, Dios mío, que no puedo más —cayó en el suelo riendo a mandíbula batiente.

Darlington le apuntó con su escopeta de dos cañones.

—Buen viaje al infierno, ayudante.

Charley se levantó muy aprisa y ya estaba serio.

—No sea bruto, hombre. Perdón, quise decir que no me mate, o se quedará sin conocer la historia.

—Acabe de una vez y, si ahora se interrumpe con una carcajada, terminará la historia al lado de Satanás.

—Sí, señor… Pues verá… Había una vez una pelirroja y un rubio.

—No lo cuente en forma de fábula, estúpido. ¿Cree que me chupo el dedo?

—Oh, sí, perdone… Resulta que la pelirroja y el rubio llegaron a la pensión de Kathy La Larga. Kathy les dio la habitación número ocho y se fueron para arriba. Al cabo de un rato, llegó un tipo y preguntó por Allison. Kathy le dijo que estaba en la habitación número ocho. El tipo subió, pero, pasados cinco minutos, bajó por

la escalera dando vueltas y con la cara convertida en un mapa. Aún no había pasado un cuarto de hora cuando llegó otro fulano preguntando por Allison. Subió a la número ocho, se armó un jaleo tremendo y el sujeto bajó de la misma forma que el anterior, dando vueltas por las escaleras embistiendo la columna central del vestíbulo. ¿Creen ustedes que con eso acabó la cosa…? Pues no, señores, no acabó. Un tercer fulano llegó de la calle y preguntó por Allison. Otra vez para arriba y unos segundos después, otra vez para abajo. Pero lo del tercero fue mucho más espectacular. Juró que no tocó las escaleras. Venía lanzado por el aire como un obús.

—¡Hurra por mi futuro yerno! —exclamó Darlington con alegría.

El ayudante parpadeó.

—No me diga que es usted el padre de la pelirroja.

—Soy el padre y la madre. ¿Tiene algo que decir en contra?

—No, mamá…, quise decir papá.

—Ahora mismo me voy a la pensión de Kathy La Larga. ¿Dónde se encuentra?

—Séptima casa a la izquierda, la que está pintada de verde. Pero oiga, ¿cómo va a conseguir que ese Paul Allison se case con su hija?

—Tengo argumentos muy contundentes —dijo Darlington levantando la escopeta—. Y debo decirles otra cosa, hasta ahora no perdí una sola pelea a puñetazos.

Dicho esto, el grandullón Matt Darlington salió de la comisaría.

Miller y Charley se quedaron mirando la puerta como se cerraba.

—Eh, jefe —dijo el ayudante—. Eso es como para no perdérselo. Se ve que Paul Allison es un buen luchador, pero nunca había visto una mula con dos pies hasta que me eché a la cara a ese Matt Darlington.

—Vamos, Charley, yo tampoco quiero que me lo cuenten.

CAPÍTULO II

—Eres maravilloso, Paul —dijo Peggy.

Paul Allison se estaba lavando en la palangana. Tenía el torso desnudo. Era un hombre de veintiocho años, recio, con un tórax de atleta.

—¿Por qué no apareciste más pronto en mi vida, Paul?

—Tuve que hacer en otras partes.

—Otras mujeres dirás, canalla.

—También ellas tienen derecho a la vida.

Peggy atrapó un zapato del suelo y lo arrojó contra Paul. Éste se agachó para burlarlo y el zapato golpeó contra la pared.

—Eres un caradura, Paul Allison.

—Cariño, no deberías decir eso. Ten en cuenta que tú me trajiste aquí. Te rogué, te supliqué que te quedases con tu padre, pero tú dijiste que estabas dispuesta a seguirme hasta el fin del mundo… ¿Qué culpa tengo yo de ser tan guapo?

—Y tan granuja.

—Peggy… No deberías decir esas cosas. Cualquiera lo podría oír.

Se abrió la puerta de golpe y una voz ronca dijo:

—Yo lo acabo de oír.

Era Matt Darlington, el padre de Peggy.

—¡Papá!

—Hola, hija. ¿Qué tal estás?

—Con un poco de sueño.

—Ya lo comprendo.

La joven hablaba por instinto, pero ahora salió a relucir lo que toda mujer lleva dentro. El cálculo.

—¡Qué desgraciada soy, papaíto mío…! ¡Es horrible, espantoso,

lo que me acaba de ocurrir…!

—Cuenta, hija, cuenta.

—Ese bandido, ese miserable, ese canalla, me dio palabra de matrimonio… ¿Y sabes lo que pretendía hacer…? ¡Dejarme aquí y marcharse solo…!

El honrado señor Darlington se pasó un dedo por la boca, mojándolo de saliva, y untó con él cañón.

Paul frunció los ojos.

—¿Se puede saber para qué hace eso?

—Para que los perdigones le entren suaves.

—Eh, pare el carro, amigo, y guarde la perdigonera para su vaca.

—No le sirve el chiste porque mi mujer ya murió.

Peggy se puso a sollozar a grito pelado.

—¡He sido maltratada, burlada!

—Eh, un momento, señor Darlington —intervino Paul Allison—. Hay muy poca verdad en todo eso. Yo he tratado a su hija como el mejor caballero del Sur. Jamás he pegado a una mujer, ¿lo oye? Jamás.

—¿Y qué son esos nudillos despellejados?

—Tres tipos vinieron aquí buscándome las cosquillas.

—¿Qué es lo que querían?

—Según ellos, yo les debía algún dinero…

—¿Y era verdad?

—Oiga, señor Darlington, si usted me lo permite, me voy a callar mis asuntos privados.

—Está en su derecho.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

—No hay de qué.

—Y ahora señor Darlington, ¿quiere usted llevarse a su hija y decirle que no vuelva a engañar a un hombre honrado?

Sonó un rugido. Había brotado del pecho de Matt Darlington.

—Señor Allison, no me va a confundir otra vez. ¡Usted se va a casar con mi hija!

—¿Cómo dice?

—Que va a ser mi yerno para toda la vida, hasta que la muerte nos separe.

—Eso se lo dirá usted a todos.

—Hombre, si quiere que le diga la verdad, ya lo he dicho lo menos a seis, pero siempre me resultaron ranas. Y lo digo en el verdadero sentido de la palabra porque fueron a parar al pantano y todavía tragan barro.

—Pues tiene mala suerte esta vez, señor Darlington, Por aquí no hay ningún pantano. Y ahora, hasta la vista.

—No le vale el truco, amigo.

—¿A qué truco se refiere, señor Darlington?

—¿A cuál va a ser? Al del pantano. Ande, dígame que no se casa con mi hija y lo incrusto en la palangana.

—Usted está de broma.

Darlington arqueó el dedo con el gatillo de la escopeta.

—Diga sí quiero, o le dejo como una regadera. A la de una, a la de dos…

—Sí quiero.

—Así me gusta.

—Querido, sabía que me amabas. Mi corazón te había escuchado.

—Pues tu corazón está sordo.

—Canalla, di que me quieres, dilo al menos para que lo oiga mi papá.

Allison sonrió y le dijo al oído:

—Si llego a saber la clase de padre que tienes, te iba a traer aquí tu tía.

Ella también sonrió y dijo entre dientes.

—Me prometí a mí misma que te pescaría, pajarín.

Darlington, que no había oído nada, intervino cayéndosele la baba:

—Así me gusta, que os queráis mucho y os digáis palabras bonitas.

—Seguro, pedazo de bestia —asintió Paul.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que tiene usted mucha vista.

—Anda, ponte la camisa y a casa del juez. El tiempo es oro, muchachos. Hay que aprovecharlo bien.

En aquel momento se abrió la puerta y una rubia entró gritando:

—¿Dónde está ese canalla de mi marido? ¿Dónde? Que le vuelo la cabeza.

Darlington soltó un nuevo rugido.

—Eh, usted, llegó tarde, póngase a la cola.

—¿De qué está hablando? ¿Quién es usted, buen hombre?

—Me llamo Darlington y no soy ningún buen hombre. ¿Es que no me ve con mi escopeta de dos cañones?

—¿Para qué quiere esa escopeta de caza? No veo por aquí ningún pato —dijo la rubia, pero cambio de expresión al ver al hombre del torso desnudo que era abrazado por la pelirroja.

—¡No es verdad lo que ven mis ojos! —chilló como una actriz de éxito—. ¡No puede ser, vive Dios…! ¿Tú con otra mujer…? ¡Tú que me ayudaste a traer al mundo a cinco hijos…! ¡Señor Baxterson!

—Darlington.

—Está bien, señor Darlington, levante la escopeta, apúnteme al pecho y máteme…

—Eso lo voy a hacer ahora mismo. Va por usted, viudo.

Levantó la escopeta y puso otra vez el dedo en el gatillo.

La rubia dio un salto.

—Pero ¿qué va a hacer?

—Matarla como dijo.

—¡No puede dejar a cinco hijos sin madre!

—Tendrán un padre y una madrastra, mi hija.

—Pero ¿se da cuenta de lo que dice? ¿No sabe que las madrastras son muy malas?

—También es verdad.

—¿Es que no se va a apiadar de mis cinco chiquillos? Todos los días me piden pan y yo sólo les puedo dar esperanza. Imagínese como se me parte el corazón.

La rubia estaba sensacional. Era muy alta, de cintura estrecha y caderas de ensueño.

Darlington vio todo aquello y atrapó a la rubia por el brazo. Dio un tirón de ella mientras decía:

—¿Qué les parece si llegamos a un acuerdo y les damos un padrastro?

—¡Eso es una ignominia!

—Usted dirá lo que quiera, pero yo también estoy dispuesto a dar a sus hijos pan cuando pidan pan.

—¡Señor Mastison!

—Darlington.

—Como usted quiera, le debo decir una cosa. Usted no puede estropear un matrimonio, a un hombre y una mujer que prometieron formar un hogar, tener unos hijos, darles una educación y convertirlos en hombres de provecho para que sirvan al país…

—¿Es usted la señora Allison?

—¿Cómo lo adivinó?

—¿Cuánto tiempo lleva casada con ese miserable?

—Siete largos años.

—¿También la engañó él?

—De la cabeza a los pies.

Darlington la midió de cabeza a los pies y dijo:

—Tuvo mucho material para engañarla.

Darlington se dirigió hacia su hija:

—Nena, nos vamos.

—¿Ya no hay boda? —dijo Peggy con tristeza.

—No, querida y en cuanto lleguemos a casa, te voy a deslomar.

—¡Padre!

—¡Ni padre ni madre! Eres un pedazo de alcornoque. ¿Por qué infiernos te fugaste con un hombre casado…? ¿Cuántas veces te he dicho que tengas vista? Eres lo más torpe que he encontrado en mi vida… Vámonos de una vez.

—Sí, papá —dijo Peggy, y agregó mirando a la rubia—: Con permiso.

Se puso de puntillas y estampó sus labios en la boca de Paul.

Pasaron diez segundos y le continuaba besando.

La rubia movía nerviosamente la pierna mientras se abanicaba con una mano.

Matt Darlington exclamó:

—¡Nena, que no vas a dejar nada para la rubia!

La joven se descolgó diciendo:

—Sí, papá.

Estaba como hipnotizada. Se volvió para, salir por la pared, pero su padre la tomó por el brazo.

—Por aquí, nena, por aquí.

Y mientras salían, el señor Darlington dijo:

—Lo que tiene que sudar un padre para casar a una hija…

En seguida se cerró la puerta.

La rubia y Paul Allison se quedaron mirando en silencio.

—Gracias, Helen, es el mejor trabajo que has hecho desde que te conozco.

La rubia abrió el bolso, sacó un revólver y apuntando a Paul dijo:

—Siempre deseé matarte por mi propia mano. No te puedes imaginar la de veces que he pedido al cielo que ningún padre, hermano, marido o animal parecido, me sacase ventaja… ¡Encomienda tu alma al cielo, traidor!

CAPÍTULO III

—Helen, ¿de qué estás hablando?

—¿Crees que te he salvado por mí gusto, Paul?

—Tú me quieres.

—Te quiero ver muerto.

—Muerto no te serviría.

—Tampoco me sirves vivo. ¿Crees olvidar…?

Paul levantó los ojos al techo.

—Pero ¿por qué me han hecho así? ¿Por qué tan guapo…?

—Yo te voy a poner feo, lleno de gusanos.

—Helen, sé un poco razonable —sonrió Paul e hinchó el pecho para demostrar lo bien constituido que estaba.

A Helen le saltaron los ojos en las órbitas, pero reaccionó al instante.

—¡No te servirá ese truco, sinvergüenza!

—Helen, ¿qué hice después de todo contigo?

—Me estafaste quinientos dólares, los ahorros de mi vida de girl de saloon.

—Estuviste de acuerdo en que los dos íbamos a constituir una sociedad. Se iba a llamar La Armonía y era una casa de ahorros.

—Sí, pero da la casualidad que el único miembro que ahorraba era yo.

—La casa se vino abajo porque no hubo más miembros.

—Sí, claro, eso ya lo sé yo. Por eso la sociedad debió llamarse Allison y Allison.

—Tu sentido del humor me gusta mucho, Helen. Sigues siendo la misma que yo conocí. ¿Cuánto has ahorrado desde entonces?

—Doscientos dólares.

—Te nombro presidente de mi compañía y, por si lo dudas, se

sigue llamando La Armonía.

—No, ahora ya sé que se llamaría de otra forma. Allison, Allison y Allison.

—Cariño, no sabes qué clase de día he tenido hoy.

—Sí, ya he viste que lo tuviste muy malo.

—Vinieron tres tipos por su dinero. Uno quería sus quince dólares, otro sus veinticinco dólares, otro sus treinta dólares…

—Sí, y también vino un padre por su hija.

—Debió venir mi abuelo por mí. Menos mal que me libraste de la pelirroja.

—No me digas.

—Lo creas o no, se aprovechó de mi buena fe.

—¡Tú y tu buena fe! ¿Quieres que me carcajee ahora?

Paul echó a andar hacia ella.

—Helen, no sabes cómo te echaba de menos.

—Un paso más y disparo.

—Pero, Helen… Tú no hablarás en serio de mandarme al cementerio…

—¿Desde cuándo eres poeta? Te ha salido en verso.

—Es que me siento poeta cada vez que te veo… Tus ojos son tan hermosos, tus labios tan rojos, tu piel tan fina y tan suave…

Paul se puso a andar y ahora Helen no le detuvo.

—Helen… ¿Por qué hemos de reñir cuando existe ese sentimiento tan hermoso que se llama amor?

Por si acaso, Paul tomó la muñeca armada de Helen y la bajó. Luego, mirándola profundamente a los ojos, dijo:

—Cariño, no sabes cómo te he echado de menos.

La besó en los rojos labios.

Entonces, se abrió una vez más la puerta.

Paul apartó su boca de la de Helen y, mirando por el hombro al individuo que les interrumpía, dijo:

—No es hora de cobro… Vuelva cualquier otro año.

Pero el hombre, que había entrado en la habitación, no se marchó. Cerró la puerta y se quedó dentro.

La rubia Helen se había quedado en trance tras aquel beso. Para ella no existía nadie en el mundo en aquel momento más que Paul Allison.

—Cariño, no hables a solas… —dijo.

—Es que no estamos solos, Helen.

—¿Vino alguien?

—Un tipo con bigote…

—Tira a los dos a la calle.

—Sí, será lo mejor —asintió Paul.

Apartó a la rubia a un lado y se dirigió hacia el hombre de cuarenta años, pequeño y de poco peso que seguía junto a la puerta.

—¿Por dónde quiere que lo eche? Tiene para elegir. La puerta o la ventana…

—No vine por dinero, señor Allison, sino a traerle dinero.

Aquellas palabras, por lo insólitas, produjeron un gran efecto en Allison.

Tardó mucho tiempo en reaccionar.

—¿Cuánto me trae, hermano?

—Mil dólares.

—Empiece a escupirlos.

—Señor Allison, es usted muy gracioso —sonrió el recién llegado —. No querrá que le entregue mil dólares a cambio de nada.

—Ya entiendo. Le sobra su suegra y quiere que se la liquide por ese precio.

—No. Las suegras están muy baratas este año, señor Allison. Por eso no le daría más de diez pavos.

—No me diga que quiere exterminar a toda la familia.

—No, señor Allison. Sólo le daré mil dólares porque me lleve un carro con mercancía a Los Llanos, trescientas millas al norte…

Allison tragó saliva.

—¿Sólo hay que hacer eso…? —Hizo un gallo con la voz.

—Sí, señor.

—Le llevo un carro a Los Llanos y yo cobro mil dólares.

—Eso es. Entendió muy bien.

Paul se palmoteo el pecho y se volvió hacia la rubia.

—Nena, me has traído la suerte.

La estrechó entre sus brazos y la besó otra vez en la boca. Pero la dejó en seguida.

—Estupendo, señor… Eso me recuerda que todavía no sé su nombre.

—Richard Coleman.

—Señor Coleman, es usted mi padre.

—Eso podría haber ocurrido porque, durante mi juventud fui un rato alegre. ¿En qué parte nació?

—En Kansas.

—Entonces, es un poco difícil porque yo estuve siempre por este lado del país… Ande, vístase, porque quisiera que nos marchásemos cuanto antes.

La rubia dio un grito.

—¡Paul, no te puedes marchar! ¡Me debes quinientos dólares y no lo consentiré!

—Nena, nunca me ha gustado limpiar el dinero a una mujer.

—¿Desde cuándo?

—No seas mal pensada, Helen. Voy a ganar mil dólares, y de esa forma te podré devolver tus quinientos. ¿Soy o no soy honrado?

—Te prefiero como un sinvergüenza.

Paul se rascó detrás de una oreja.

—Sí, eso les pasa a casi todas las mujeres… Los honrados tienen muy poca salida.

—Paul, por lo que más quieras… Dile a ese hombre que se va\ a al cuerno con su carro.

Pero Allison tomó su camisa y se la puso.

Luego, le llegó el turno a la chaqueta y al sombrero.

Helen estaba desconsolada. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Paul, te estaré esperando aquí.

—Descuida, pequeña, en cuanto haya terminado mi trabajo en Los Llanos, pasaré por este pueblo para hacerme cargo de tus ahorros.

—Dame tu palabra… Oh no, será mejor que no me la des, porque cuando la das, es cuando una puede estar segura de que no cumplirás.

Allison la volvió a besar en los labios.

—Helen, en cuanto gane esos mil dólares voy a sentar la cabeza.

—Es demasiado bueno para ser realidad.

—Ya no soy un chiquillo. Tengo veintiocho años y debo pensar en el futuro.

—Oh, Paul, si eso fuese verdad, empezaría a creer en los milagros.

—Pues empieza ya, nena, empieza…

Paul Allison le hizo un guiño y salió en pos de Richard Coleman,

el hombre que lo había contratado.

En el vestíbulo estaban el marshall y su ayudante.

Los dos miraron con respeto a Paul Allison.

—¿Cómo están, autoridades? —los saludó Allison con voz alegre.

El de la placa salió de su mutismo.

—Eh, señor Allison, me gustaría saber cuánto tiempo va a estar en la ciudad.

—¿Por qué?

—Porque la está poniendo patas para arriba.

—Entonces, le voy a dar una buena noticia. Este caballero, el señor Coleman, me acaba de contratar. Con ello quiero decirle que está próximo el momento en que me marche de su lindo pueblo.

—¡Qué lástima! —dijo el ayudante Charley Ward—. Usted es todo un espectáculo, señor Allison. Lo vamos a echar de menos.

—Cállate, Charley —rezongó el marshall—. Si el muchacho se quiere ir, ¿por qué has de quitarle ese gusto? El trabajo siempre ha ennoblecido al hombre.

Allison hizo un saludo con la mano y salió a la calle, en donde ya lo esperaba Coleman.

—¿Dónde está su carro?

—En un establo de las afueras.

—Muy bien. Me gustaría salir cuanto antes.

—A mí también, pero no podemos.

—¿Por qué no?

—Porque nos falta el conductor del otro carro… ¿No le dije que eran dos?

—No, no me lo dijo. De todas formas, no será obstáculo si está dispuesto a pagar mil dólares al otro conductor.

Desde luego. Le pagaré lo mismo que a usted, pero de todas formas no crea que será fácil encontrarlo.

—Usted no sabe lo que dice, señor Coleman. Diga por ahí que da mil dólares a un conductor y se lo comerán vivo.

—Señor Allison, ahí arriba no tuve tiempo de decirle qué clase de mercancía va a transportar. Se me fue el santo al cielo, porque mis ojos se pusieron a tomar las medidas de la rubia.

—¿Verdad que las tiene estupendas?

—Oh, sí, señor Allison. Hacía tiempo que no veía una rubia

como ella.

—Pura dinamita, ¿eh?

—Sí, señor. Eso es lo que va a transportar… Dinamita, y me alegro de que lo pille entrenado…

CAPÍTULO IV

Allison se había quedado inmóvil como una estatua, después de oír a Coleman.

—Está de broma, ¿verdad, señor Coleman?

—Le he dicho la verdad. Vamos a transportar dinamita.

—¿Qué cantidad?

—Dos mil quinientos kilos en cada carro.

Paul agrandó los ojos.

—Oiga, ¿es qué piensa volar el Estado de Texas?

—No, señor. Sólo un trozo de él.

—Vaya, es usted muy considerado. ¿Pues sabe lo que le digo? Búsquese a otro, señor Coleman.

—Señor Allison, ¿por qué cree que le iba a dar mil dólares? ¿Por estar en el pescante de un carro que transportase sacos de harina? Dígame, ¿cuánto cobra un conductor de cualquier clase de comestibles?

—Un dólar diario.

—Podemos llegar a Los Llanos en siete días… Por lo tanto, si usted cobra los mil dólares, habrá salido por ciento cincuenta pavos diarios.

—Sí, no está mal eso.

—Celebro que estemos de acuerdo.

—Eh, un momento… Todavía no me ha dicho para qué quiere la dinamita. Y ahora no quiero chistes.

—Verá, señor Allison… Hace cosa de seis meses sobrevino un terremoto en la región de Los Llanos… El río Cerezos cambió su cauce anegando miles de acres de tierra de labor… Yo soy uno de esos labradores que resultó casi arruinado. Pusimos todo nuestro empeño en volver las aguas a su cauce, pero nos dimos cuenta de

que no era bastante la mano del hombre. Con la dinamita lo conseguiríamos en seguida… Pero, entonces, surgió lo inesperado.

—¿Otro movimiento sísmico?

—Así podría llamarse. Un hombre llamado Phil Roberts apareció en la comarca… Con doce pistoleros… El señor Roberts dijo que por quince mil dólares solucionaría nuestros problemas. Naturalmente, se refería a traernos él la dinamita.

—Lo que se llama un tipo aprovechado, ¿eh?

—Es peor que eso. Un asesino, un ladrón… Nosotros sabemos que, si le hubiésemos pagado los quince mil dólares, el señor Roberts no hubiese terminado sus demandas. Habría pedido más. Entonces, decidimos obrar por nuestra cuenta. Formamos una asociación de labradores y yo fui comisionado para conseguir la dinamita y llevarla a Los Llanos… Ahora ya lo sabe todo.

—¿Sabe Phil Roberts lo que ustedes traman?

—No, porque hasta ahora no he tenido ningún contratiempo. Pero quiero hombres con agallas para este trabajo… Podría ocurrir que, poco antes de llegar a Los Llanos, nos encontrásemos con los hombres de Roberts. Vi salir de su hotel a tres hambres con la cara deshecha y me informé de que eso se debía a un tipo llamado Paul Allison. Entonces me dije que usted era uno de los hombres que yo buscaba para el transporte de la dinamita. Ahora ya lo sabe todo, señor Allison. Y espero que no se me raje, como dicen los mexicanos.

Paul Allison dio un suspiro.

—Bueno, no creo que sea muy difícil transportar esa dinamita. Después de todo, sólo hay que fumar lejos de ella, ni provocar un golpe demasiado violento.

—Magnífico, señor Allison. Sabía que no me dejaría en la estacada.

—Está bien, Coleman, hay que buscar al otro hombre. ¿Lo ha intentado?

—Claro que lo intenté. Hice la oferta a media docena de tipos, pero ninguno de ellos quiso formar parte de la pandilla.

De pronto, se oyó un aullido humano.

Los ciudadanos miraron hacia el garito de Jack Cook, que estaba enfrente de la pensión de Kathy La Larga.

Ocurrió algo verdaderamente gracioso. Una de las ventanas

reventó y empezaron a salir tipos escupidos.

Parecían muñecos. Primero salió uno que milagrosamente quedó colgado de una marquesina.

Luego salió otro que también estaba en su racha de suerte, porque cayó sobre la montura de un caballo.

Luego un tercero silbó por el aire y fue a reventar el abrevadero, esparciendo astillas y agua a su alrededor.

Allison y Coleman estaban con la boca abierta.

—Eh, señor Coleman —dijo Allison—. Me parece que ya hemos encontrado al tipo.

—Demonios, yo diría que lo supera a usted en librarse de sus acreedores.

—No perdamos el tiempo. Vamos a esa casa.

A esas alturas, ambos sabían que el lugar adonde se dirigían era el garito de Jack Cook, porque todos los ciudadanos hablaban de ello.

Subieron por una escalera, pero tuvieron que echarse a un lado para evitar ser arrollados por una docena de hombres que bajaban corriendo con dinero y fichas en las manos.

—Ese tipo debe haberse vuelto loco —dijo uno de ellos.

Llegaron a la primera planta y se introdujeron por una puerta que estaba abierta.

El aspecto del garito era desolador.

Parecía que por allí había pasado un ciclón.

Las mesas estaban volcadas. Los naipes, los dados, las fichas, se veían por todas partes.

También se veían a tres tipos que estaban fuera de combate. Uno de ellos tenía una ruleta sobre el pecho y, en su inconsciencia, le daba vueltas a la bolita.

De pronto, en la habitación vecina sonó un chasquido y un tipo entró en la sala como un obús y se empotró en una vitrina, que hizo estallar esparciendo por el aire un juego de té de buena calidad.

Entonces, apareció el que estaba provocando aquel estruendo mayúsculo.

Era alto, moreno, muy varonil.

Puso los brazos en jarras mirando a su alrededor y al fin detuvo sus ojos en los dos intrusos.

—Eh, ustedes, ¿qué hacen ahí?

Allison contestó:

—Vinimos por curiosidad.

—Muy bien. Entonces, pueden quedarse.

El hombre moreno dio unos pasos y extendió una mano señalando a los cuatro hombres que había vapuleado.

—Escuchen todos… Esto que ha pasado aquí les enseñará a ser más honrados. A Max Bates no se le puede engañar tan fácilmente. No, Max Bates nunca ha consentido que le hagan la faena que le hicieron aquí. Robarle un dólar y cincuenta centavos con naipes marcados…

CAPÍTULO V

Paul Allison creyó no haber oído bien.

—Eh, señor Bates…, ¿ha dicho un dólar cincuenta?

—Ni más ni menos. ¿Pasa algo?

Allison se cubrió la cara ocultar la sonrisa.

—Bates, ¿de dónde viene usted? —preguntó Coleman.

—Del norte, Oregón.

—Se ve que allí vale mucho el dinero.

—Ya lo puede decir… Un leñador gana cincuenta centavos trabajando doce horas diarias. Imagínese. Estos tipos me querían robar el jornal de tres días.

—Me hago cargo.

Max Bates se agachó en el suelo y agarró unas cuantas monedas.

—Bueno, ya tengo mi dólar cincuenta —dijo—. Ahora estamos en paz.

Coleman intervino:

—No ha terminado para usted, señor Bates…

—¿Sugiere que me van a meter en la cárcel por esta pequeña pelea?

La nuez bailó en la garganta de Coleman.

—Oh, no, no lo decía por esto… A mí no me importa su pequeña pelea, señor Bates. Lo que quiero decirle es que lo contrato… Y ya puedes decir que es un hombre afortunado. Va a ganar mucho dinero…

—¿Cuánto?

—Mil dólares.

—¿Mil dólares?

—Sí, señor, y sólo tiene que transportar dinamita a un pueblo llamado Los Llanos. Aquí, Paul Allison, conducirá un carro y usted

conducirá el otro.

Max Bates dio un suspiro y se miró la mano en donde tenía las monedas.

Luego, alzó otra vez los ojos y dijo:

—Búsquese a otro, señor Coleman.

—¿Qué?

—Se lo diré de otra forma. No cuente conmigo.

—Pero, señor Bates, usted acaba de decir que un leñador en Oregón gana cincuenta centavos por doce horas de trabajo. Usted va a ganar unos ciento cincuenta dólares diarios…

—Odio la dinamita.

—¿Qué?

—No me interesa su negocio…

—¿Puedo preguntarle por qué odia la dinamita?

—Porque es un invento de Satanás. Entérese de una vez, señor Coleman. ¿Sabe por qué vine de Oregón? Huyendo de la dinamita.

—¿Se refiere a la dinamita-dinamita, o a una pelirroja que se llama así?

—No, señor. Me refiero al explosivo… Oregón era un territorio en donde un hombre podía ser feliz. Aquello es muy hermoso, con sus árboles, sus montañas. Casi todos los habitantes de allí somos leñadores… Sí, señor Coleman. Con un hacha y una sierra somos capaces de hacer maravillas… Pero ¿qué pasó de pronto? Yo se lo diré. La paz fue turbada por la dinamita… Ciertos tipos utilizaban ese explosivo para abrir paso a los troncos en el río. Y también lo empleaban para nivelar el terreno. Y hasta ha habido bestia que la ha utilizado para arrancar de cuajo los árboles. Están destrozando el paisaje, lo están modificando, sin tener en cuenta las leyes de la naturaleza. Yo luché mucho allí contra esa gentuza, pero ya me cansé porque casi me quedé solo. Por eso, me vine al sur. Y justamente me liego a un lugar en donde me encuentro a un hombre, usted, que me quiere contratar para un transporte de dinamita…

—Señor Bates, comprendo sus razones.

—Gracias.

—Pero, en esta ocasión, la dinamita no va a servir para destruir. Todo lo contrario. Vamos a emplear la dinamita como una obra de caridad.

—No me diga que van a amasar el pan con ella. O que la mezclarán con mantequilla.
—Es usted muy gracioso.
—Yo no le veo la gracia.
Coleman borró instintivamente la sonrisa.
—Verá, señor Bates… Aquí su compañero, señor Allison, le dirá para que quiero el explosivo…
—No hace falta que se molesten. No quiero escucharles. ¿Me oyen…? Váyanse al infierno con su dinamita.
Max Bates pasó rápidamente entre Coleman y Allison y salió del garito.
Coleman exhaló el aire de sus pulmones.
—Es una verdadera pena que Max sea tan testarudo. Me gustó su planta. Creo que con él habría formado el equipo ideal.
—Está bien, señor Coleman. No nos lamentemos. Hemos de seguir buscando.
Cuando bajaban por la escalera tropezaron con el marshall y su ayudante.
—¿Otra vez usted, señor Allison? —gritó el marshall.
—Esta vez no he sido yo.
—¿Quién fue?
—No soy un soplón, autoridad —contestó Paul, y siguió hacia la calle en compañía de Coleman.
El ayudante del marshall dijo:
—Eh, jefe, creo que se nos metieron en el pueblo dos tipos de cuidado…
—Maldita sea, ¿por qué me ocurre a mí esto? ¿Por qué…? —exclamó el marshall y continuó escaleras arriba con su ayudante.
En la calle, Coleman y Allison se habían detenido.
—¿Ha probado en los locales, Coleman? —inquirió Paul.
—Sí, y no dio resultado.
Justo en aquel momento se les acercó un tipo rechoncho, de nariz chata.
—Eh, señor Coleman, quería hablar con usted.
—¿Acerca de qué, muchacho?
—Mi nombre es Ed Franklin, y me interesa la oferta que hizo para transportar dinamita…
—Me alegro mucho de que le interese, Franklin.

—¿Sigue pagando mil dólares por llevar ese explosivo?

—Seguro.

—Entonces, trato hecho. Ya tiene a uno de los hombres que buscaba.

—Aquí está el otro —dijo Coleman—. Es Paul Allison.

Allison y Ed Franklin se estrecharon las manos.

De pronto, sonaron dos estampidos.

Franklin se estremeció.

Allison ya se estaba arrojando al suelo porque había escuchado una bala junto a la oreja.

—¡A tierra, Coleman! —gritó.

Coleman se tiró de cabeza al producirse otro disparo.

Estaban haciendo fuego desde la próxima esquina, del otro lado de la calle.

Paul Allison, de bruces en el suelo, tenía el revólver en la mano y disparó sobre un tipo que vio manejando un rifle.

El individuo lanzó un grito de dolor al recibir el impacto en el pecho, se tambaleó y cayó en el polvo.

En la calle se hizo un silencio tan sólo interrumpido por los ladridos lejanos de un perro.

Allison se puso en pie y dio media vuelta, acercándose a Franklin, que estaba de bruces en tierra.

Se agachó sobre él y lo volvió.

Franklin tenía los ojos abiertos, fijos en el cielo. Había recibido una bala en el pecho, justo en el lado del corazón.

Allison le cerró los ojos y dijo con voz lúgubre:

—Ya nunca podrás cobrar los mil dólares, muchacho. Coleman fue a su lado.

—Dios mío, eso sólo quiere decir una cosa. Que Phil Roberts está al corriente de mi viaje.

—Quiero que me acompañe y eche un vistazo al asesino.

Fueron a la esquina de la calle, en donde había caído el hombre del rifle.

Estaba boca arriba. Era un barbudo de unos treinta y cinco años, de nariz un poco aguileña.

—Sí, está claro —dijo Coleman—. Lo recuerdo bien. Es uno de los pistoleros de Phil Roberts. Se ha informado de algún modo de lo que pretendemos. Y, naturalmente, no quiere que la dinamita llegue

a Los Llanos… Señor Allison, en vista de cómo están las cosas, si usted quiere, lo relevo de su compromiso. Esto que acaba de ocurrir significa que el viaje será mucho más peligroso de lo que yo había imaginado.

—Suponga que renuncio. ¿Qué haría usted?

Coleman apretó los maxilares y su rostro adquirió la dureza del pedernal.

—Llevaré esa dinamita, aunque sea lo último que haga.

Paul sacudió la cabeza.

—Cuente conmigo.

—¿De verdad, Allison?

—Aunque las mujeres digan otra cosa, sólo tengo una palabra.

—Gracias, señor Allison —sonrió Coleman—. No esperaba menos de usted.

En aquel momento oyeron los gritos del marshall, que corría hacia allí seguido de su ayudante.

—¡Por todos los diablos del infierno! ¿Qué es lo que han hecho ustedes…? Un cadáver por aquí. Otro cadáver por allá…

—Marshall —dijo muy serio Allison—. Debería cuidar mejor su ciudad.

—¿Eh?

—Ese barbudo trató de liquidarnos… Y lo quería hacer con ventajas, desde esta esquina, disparando su rifle. Puede examinar el arma y verá que le faltan no menos de tres balas. El asesino sólo pudo matar a Ed Franklin, un amigo nuestro, y luego, yo le di a este tipo la respuesta… Vamos, señor Coleman.

Coleman y Allison se alejaron de allí dejando al marshall y a su ayudante de una pieza.

Se metieron en un local y bebieron un vaso de *whisky*.

Coleman dijo:

—Creo que debo perder la esperanza de contratar a otro hombre. Todos han visto lo que ocurrió en la calle y pensarán que el intento de asesinato tiene que ver con la dinamita.

—Sí, lo mismo pienso yo.

—Yo llevaré un carro y usted el otro.

—No se precipite. Ese leñador, Max Bates, vendrá con nosotros.

—Nos dijo que no quería oír hablar de ello.

—Sí, lo sé. Pero de sabios es cambiar de opinión.

Coleman siguió la dirección de la mirada de Paul Allison.

Entonces, vio a Max Bates comiendo en una mesa del fondo, y parecía hacerlo con bastante apetito, sin pensar en otra cosa.

* * *

Se había hecho un silencio que interrumpió nuevamente Allison:

—Bueno, ¿qué contestas ahora que estás al corriente del negocio?

—Mil dólares, ¿eh?

—Eso es.

—Tal como pintas las cosas, debes ser un tipo chiflado, Allison. Tienes muy pocas probabilidades de llegar a Los Llanos. Bastará que arrojen una tea encendida al carro o que le peguen un balazo a uno de esos cajones de dinamita para que todo salte por los aires.

—Sí, es cierto.

—Si Roberts está al corriente, como parece estarlo, tendrá docenas de oportunidades para que ese accidente ocurra.

—También lo tengo en cuenta.

Max Bates sacudió la cabeza.

—Lo que yo dije. Eres un tipo chiflado.

Paul Allison se puso en pie dando un suspiro.

—En fin, otra vez será.

—Dile a Coleman, que no busque más que encontró ya al otro chiflado…

Allison se quedó sorprendido y de pronto se echó a reír.

—Max, creo que tú y yo vamos a ser grandes amigos.

CAPÍTULO VI

Coleman y los dos hombres que había contratado, para transportar la dinamita hasta Los Llanos entraron en el establo.

—Tengo la mercancía camuflada… —explicó Coleman—. Supuestamente, son latas de conserva.

—Ya no puede engañar a Roberts con ello —dijo Max Bates—. Recuerde que él ya lo sabe.

—Sí, tiene razón.

El dueño del establo, un viejo que respondía al nombre de *Cross* Benreed, se presentó ante ellos.

—Buenos días, señor Coleman. ¿Se va ya?

—Sí.

—Hay un pasajero que quiere ir con usted a Los Llanos. Le dije que seguramente usted no tendría inconveniente.

Coleman negó con la cabeza.

—Lo siento, señor Benreed, pero en este viaje no admito pasajeros…

En ese momento se oyó una voz chillona:

—Eh, ¿qué le pasa? ¿Es que no puede hacer un favor a sus semejantes?

La persona que hablaba así era una joven de unos veintitrés años que se cubría con pantalones varoniles y camisa a cuadros. Era una chica muy mona, de nariz respingona, y ojos negros. Se veía que tenía genio.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó Coleman.

—Maureen Oven.

—Lo siento, señorita Oven, pero ya me oyó. No puedo llevarla.

—Si se trata de dinero, le pagaré hasta tres dólares por llevarme a Los Llanos.

—Tendrá que buscarse otro medio para llegar allí.

—Pero ¿qué clase de hombre es usted? Tiene un corazón de piedra. Ni siquiera me ha preguntado por qué quiero ir a Los Llanos.

—No me interesa —repuso Coleman, y se dirigió al interior del establo.

La joven miró a Allison y Bates.

Allison ya le estaba sonriendo.

—Cariño, yo te haría un sitio a mi lado, pero el patrón no me dejaría…

—Ya imagino para qué me querría tener al lado. Seguro que no pararía de darme besos de aquí a Los Llanos.

—Me gusta tu bola de cristal, nena. Lo ves todo con mucha claridad.

—¿Por qué no me da uno de esos besos ahora? —desafió Maureen.

—Por mí no hay inconveniente.

Allison se acercó a la joven y ésta le pegó un puñetazo.

Paul rodó en el suelo.

Al quedar sentado miró con perplejidad a la joven.

—Eh, nena, ¿quién te enseñó eso?

—Un campeón.

—Veremos si ahora te sirve para algo.

Allison se puso en pie de un salto y echó a correr hacia Maureen.

De pronto, ella saltó a un lado, enganchó con su pie el de Allison y lo levantó rápidamente.

Paul dio una voltereta en el aire, y quizá se habría desnucado de no ser porque encontró el suelo lleno de paja. Pero quedó conmocionado.

La joven puso los brazos en jarras y se dirigió a Max Bates.

—¿Y usted? ¿Quiere también un besito?

—¿Por qué no? —dijo Max.

Fue hacia la muchacha y ésta le disparó el puño izquierdo.

Bates se agachó rápidamente burlando el golpe.

La joven le tiró la derecha, pero de nuevo cazó aire, porque Max se movió hacia otro lado.

Bates atrapo a la joven por la cintura, la sujetó fuertemente por los brazos y la besó en la boca.

Ella soltó gruñidos y se dispuso a emplear las piernas para cazar las espinillas de Bates, pero éste se las arregló para no sufrir daño.

Continuó besando a la joven.

Él viejo dueño del establo cruzó los brazos contemplando aquella graciosa escena.

Finalmente, Max terminó su beso y se apartó de Maureen.

Ésta se tambaleó mientras tragaba el aire a bocanadas porque había estado a punto de ahogarse.

Por fin estalló en improperios señalando a Max con el dedo, los ojos llameantes.

—¡Maldito ventajista…! ¡Le voy a romper la cabeza…! ¡Lo voy a hacer pedazos…! ¡No va a quedar de usted ni el rabo…! ¡Me ha besado a la fuerza…!

—Cariño, eso no es verdad. Me invitaste a que te besase, recuérdalo. Deberías ser más imparcial.

La joven fue a replicar, pero la indignación le impidió soltar las palabras.

Allison rompió a reír mientras se levantaba.

—Esto es lo mejor que me ocurrió en mi vida. Aprender a pelear como un hombre y derrumbar a tipos, para que luego venga una mocosa y te ponga fuera de combate.

—La mocosa será su hermanita, la de las pecas —repuso Maureen.

—No tengo ninguna hermanita.

Coleman habló desde el fondo del establo:

—Eh, muchachos, hemos de salir inmediatamente.

Allison recogió su sombrero del suelo, sacudió la cabeza y dijo sonriente:

—Maureen, con un poco de suerte nos volveremos a ver en Los Llanos.

En aquel momento se oyó una voz procedente de la puerta del establo.

—La chica no les verá a ustedes en Los Llanos.

Allison y Bates se volvieron llevando la mano al revólver, pero no llegaron a «sacar» porque en el hueco vieron a dos tipos que ya manejaban el «Colt».

Eran fulanos de barba crecida, desaseados, pistoleros a sueldo.

Max Bates se pasó un dedo por debajo de la nariz, y dijo:

—Allison, cometimos un error. Resulta que estos muchachos son los hermanos de Maureen, y ellos están dispuestos a que nadie se aproveche de la chica.

La joven soltó un grito.

—¿Cómo quiere que yo sea hermana de esos desgraciados?

Allison sacudió la cabeza.

—Es verdad, Max, no pueden ser hermanos de la chica. Ella es un bombón y ellos son dos tipos muy feos.

El más alto de los pistoleros soltó una risita por entre los dientes.

—Sólo por decir eso se va a ganar una bala en la boca, Allison.

—¿Me conoce?

—Como si yo lo hubiese traído al mundo.

—Entonces, guarden la pistola y corrámonos la gran juerga.

—La gran juerga la van a correr ustedes dos. Pero la van a celebrar en el infierno, donde están las mujeres más hermosas. Ya ven si soy un tipo que les quiere.

—Hay cariños que matan —comentó Max Bates.

—Eso mismo le dije a mi segunda mujer cuando le puse las manos en el cuello y me puse a apretar y apretar…

—Caramba, no sabía que fuese un asesino con tantas campanillas.

—La campanilla la enseñó ella cuando le hice el último nudo en el pescuezo.

—Usted es un rato bruto, ¿eh…?

—No lo sabe bien.

—¿No voy a saberlo, si se le nota en los ojos, en su boca y hasta en la cicatriz que tiene en su mano izquierda?

Aquel hombre no tenía ninguna cicatriz en la mano izquierda, pero bajó la mirada instintivamente.

Max Bates pegó un salto y Paul Allison lo secundó.

El revólver de cada uno de ellos se puso a vomitar plomo.

También los pistoleros estaban apretando el gatillo.

Pero Max Bates y Allison les sacaron una fracción de segundos de ventaja.

Los dos tipos salieron tambaleándose por el hueco porque estaban recibiendo una dosis de plomo muy respetable.

Quedaron tumbados en el callejón, inmóviles.

Max y Paul habían ido a parar al suelo, pero ninguno de ellos

había recibido el menor rasguño.

El viejo se había arrojado de cabeza a un pesebre.

En cuanto a Maureen, no se había movido una pulgada. Su bonita cara estaba blanca como el yeso.

Max y Paul la miraron y el primero, dijo:

—Anda, pequeña, suelta el aullido. Estas cosas hay que escupirlas, porque si se quedan dentro te pueden salir granos.

Maureen abrió la boca y soltó tal aullido que Max y Paul se levantaron asustados.

Coleman vino del fondo del establo. También él estaba muy pálido.

Salió al callejón y, después de mirar a los hombres que estaban muertos, dijo:

—Esos tipos también trabajaban para Phil Roberts.

Max sopló el cañón del revólver.

—¡Será mejor que nos larguemos de aquí antes de que venga el marshall pidiendo cuentas!

—Sí, es una buena idea —asintió Paul.

Max se detuvo ante la joven y dijo:

—Buena suerte, pequeña.

Allison se tocó el maxilar.

—Eh, Maureen, ya estoy deseando que nos veamos otra vez para que me enseñes el truco.

La joven no decía nada porque no había salido de su asombro.

Y Max y Paul tampoco agregaron nada porque se fueron con Coleman para iniciar el viaje a Los Llanos.

CAPÍTULO VII

Llevaban ocho horas de viaje.

Ya se habían alejado mucho de Center City.

Coleman sugirió que se detuviesen a la orilla de un riachuelo para pasar la noche.

Max y Paul llevaban sus caballos, atadas las bridas detrás del carro respectivo.

Coleman había viajado tan pronto en un pescante como en otro.

Despacharon raciones de tocino y habichuelas y luego bebieron café.

Después de encender cigarrillos, Coleman, dijo:

—Quizá tengamos suerte y Phil Roberts sólo envió esos tres pistoleros a Center City. Roberts debió confiar en ellos para acabar con esta aventura.

—Rece porque ocurra así —cabeceó Max Bates.

—Será mejor que durmamos —dijo Coleman—. Proseguiremos el viaje antes del amanecer.

—Está bien —asintió Allison—. Pero ¿quién hace la primera guardia?

—Yo mismo —dijo Coleman—. Luego Max y por último tú, Allison.

Poco después los dos jóvenes dormían.

Al cabo de tres horas, Coleman despertó a Max.

—Es tu turno, muchacho.

Max se despertó.

—Tienes café caliente en las brasas —dijo Coleman.

—Gracias.

Coleman ocupó el sitio de Max entre las mantas y el joven se dirigió a la hoguera, la cual reavivó.

Se sirvió el café.
De pronto, oyó un ruido.
Procedía de uno de los carros.
Se levantó dejando el vaso de lata en el suelo y sacó el revólver.
El ruido procedía de su carro, estaba seguro de ello.
Se acercó poco a poco.
Apartó la lona. Las cajas estaban a la derecha.
De pronto, vio que algo se movía, un pie.
Lo atrapó y tiró con todas sus fuerzas.
Se oyó un alarido.
Algo parecido a un gato montés se lanzó sobre él.
Cayó al suelo y se apartó a un lado burlando un zarpazo.
Luego, cogió aquello que se movía tanto y los dos se derrumbaron.
Coleman y Allison ya se habían despertado.
—¡A las armas! —gritó Coleman—. ¡Nos atacan…!
Max rodó por el suelo con su presa.
Para entonces, ya sabía que estaba palpando un cuerpo femenino.
Quedó encima de ella.
Era Maureen Oven, la chica a la que había conocido y besado en el establo del viejo *Cross*.
—¿Qué hacíais ahí…?
—Estoy muerta de hambre.
—Te he preguntado qué hacías ahí.
—Váyase al infierno. ¿Es que no lo ve…? Viajaba.
—Conque te empeñaste en venir a Los Llanos, ¿eh?
—Me costó dos dólares.
—¿A quién se los pasaste…?
—A *Cross*, el dueño del establo.
Coleman y Allison se habían acercado.
El hombre comisionado por los granjeros de Los Llanos para comprar y transportar la dinamita, carraspeó fuertemente.
—Señorita Oven, usted no puede venir con nosotros. ¿Por qué no aceptó mi decisión?
—Sencillamente porque no puedo.
—¿Qué es eso de que no puede?
—He de estar en Los Llanos antes de siete días. Si no llego en ese

plazo, perderé una herencia.

—¿A qué herencia se refiere…?

—A una granja que me dejó mi tío Spencer Oven. Si no tomo posesión de ella en ese plazo, pasará a poder de mi primo Luke Oven, al ser más endiosado y estúpido de la creación.

—Lo siento, señorita Oven, pero su argumento no me sirve para admitirla como pasajera.

—Eh, usted no me puede echar. Ya le dije que invertí dos dólares.

—¿Me los pagó a mí…?

—Oh, no.

—Pues eso es lo que cuenta.

—Pero, señor Coleman, usted no me puede echar ahora. Estamos muy lejos de la ciudad.

—Eso es cuenta suya. Debió pensarlo antes.

—Señor Coleman, le dije en Center City, que tenía usted un corazón de piedra. Ahora agregaré algo más. Es usted peor que mi primo Luke Oven. Y ya está dicho.

Max se echó a reír.

—¿Qué es lo que encuentra divertido, patilargo? —Gruñó Madreen.

—Tu gracia para decir las cosas.

—Pues ríase de su tía.

—No tengo tías.

—Pues de su abuela.

—Tampoco hay abuela.

La joven se tocó el estómago.

—Oiga, señor Coleman, tengo hambre…

—Muy bien, te daremos de comer.

—Es usted muy generoso —ironizó ella.

—Pero no creas que por eso te vas a quedar… Levantaremos el campamento al amanecer, y tú te quedarás aquí, o te dirigirás adonde quieras.

—Pero ¿por qué no puedo ir con ustedes…? Díganme la razón… Oh, sí, son de los que piensan que las mujeres dan mala suerte…

—No, no se trata de eso. No soy supersticioso.

—¿Acaso cree que estos dos tontainas se van a enamorar de mí y van a pelear por mi palmito…?

—Me tiene sin cuidado que se enamoren de ti un centenar de hombres, incluidos mis muchachos.

—Entonces, ¿qué diablos es…?

—No puedo decírselo, Maureen.

Max carraspeó.

—Coleman, puede informarle, puesto que Phil Robert es nuestro enemigo y ya está enterado.

Coleman titubeó unos instantes y, por fin, dijo:

—Está bien, Maureen, te lo diré. Transportamos dinamita, cinco mil kilos. Dos mil quinientos en cada carro. Has viajado en uno de ellos desde que salimos de la ciudad… Por tanto, has estado a punto de convertirte en pequeños tronchos.

La joven dio un respingo, asustada.

—Dios mío…

—Ahora que lo sabes, come y lárgate.

Los tres hombres habían perdido el sueño.

Coleman se encargó de dar un plato a la joven de lo mismo que ellos habían comido, habichuelas y tocino.

Maureen despachó aquello haciendo gala de un apetito voraz, y hasta rebañó el plato con pan.

—Eh, Maureen, ¿cuánto tiempo hacía que no comías? —preguntó Max.

—Dos días.

—Tenías dinero.

—Tres dólares, y como pagué dos al viejo por dejarme subir al carro, sólo me queda uno.

—¿De dónde vienes…?

—De Abilene.

—Cielos, Abilene está a mil millas de aquí…

—Pues ése es el camino que llevo recorrido.

—¿No tenías familia en Abilene…?

—No.

—¿De qué vivías, entonces?

—Trabajaba como camarera en un restaurante italiano. Pero he ejercido muchas profesiones, desde que la única persona que se ocupó de mí, mi abuela, murió hace tres años de un ataque al corazón… Una tiene, que arreglárselas como puede, ¿sabéis, muchachos…? Fue en aquel restaurante italiano adonde me llegó la

carta de tío Spencer. Me comunicaba que sólo le quedaban unos días de vida, y que, cuando eso llegase a ocurrir, yo tendría cuatro semanas para hacerme cargo de su granja. También establecía la condición de que si en ese tiempo no llegaba a Los Llanos, la granja sería de Luke.

—¿Y dónde vive Luke…?

—En Plater Road. Pasé por allí en mi viaje hacia aquí, y Luke ya no estaba. Se pondría en camino hacia Los Llanos porque habrá calculado que yo no podría llegar en el plazo que tío Luke me pidió.

—¿A qué se dedica Luke…?

—Es un ranchero al que no le va mal.

—¿Y por qué no te ayudó Luke…?

—Ya se lo he dicho. Es un tipo antipático, no me puede ver ni en pintura. Cuando éramos pequeños y el abuelo me llevaba a su rancho, yo me burlaba de él. Era un tipo con el que no se podía jugar a nada y siempre me estaba acusando.

—Bueno, eso son cosas de niños.

—Luke sólo ha crecido en años, pero sigue siendo el mismo.

La joven hizo una pausa y miró a Coleman.

—¿Se da cuenta de lo que tengo en juego, señor Coleman…? Si no llego a tiempo, adiós mi herencia.

—Maureen ya te he dicho como están las cosas, pero te agregaré algo más. Aparte del peligro que significa transportar nuestra mercancía, tenemos que hacer frente a un peligro mayor. Un jefe de pistoleros, Phil Roberts, está empeñado en que no lleguemos a Los Llanos. Max y Paul tuvieron que hacer frente a tres asesinos en Center City.

—Dígame por qué.

Coleman contó una vez más lo que estaba pasando en Los Llanos.

Cuando hubo terminado, la joven se quedó pensativa unos instantes.

—Señor Coleman —dijo con voz firme—. A pesar de todo lo que dice, le ruego que me lleve con usted… No conteste todavía. Recuerde lo que le he explicado acerca de mi herencia. No tengo nada, pero ahora se me ofrece una oportunidad de ser alguien… Si fracaso, y pierdo la herencia, tendré que contratarme de nuevo como camarera, lavaplatos o lo que sea…

Coleman apartó la mirada de la joven incapaz de sostenérsela.

—¿Qué decís, muchachos…?

Max Bates respondió:

—Mi respuesta tiene que ser negativa.

La joven chilló:

—¡Eh, usted, patilargo! ¿Ahora resulta que es mi mayor enemigo?, ¡después que logró de mí un beso…!

—No me lo diste de buena gana. Tu intención era tumbarme como a Paul…

—¿Por qué no quieres que vaya con vosotros…? ¿Acaso necesitas que te dé un beso de verdad…? Muy bien, prepárate.

La joven era muy impulsiva y se lanzó sobre Max, sin darle tiempo a prepararse. Lo derribo y, ya en el suelo, aplastó su boca contra la de él.

Al cabo de unos segundos, se incorporó.

—¿Qué me dices ahora, Max…? ¿Te gustó mi beso?

—Ni pizca.

—¿Por qué no…?

—Porque me estaba clavando un pedrusco —respondió Max y sacó el que había tenido a su espalda.

—Bueno, el caso es que ya ha, quedado todo arreglado.

—Te equivocas —repuso Max—. Sigo pensando lo mismo. No debes venir con nosotros.

—Dame una razón.

—Te daré la más importante. Tú dices que, si no llegas a tiempo a Los Llanos perderás la herencia, y tendrás otra vez que trabajar.

—Así es.

—Pero, si vienes con nosotros, podrías perder algo más que una herencia, tu vida. Es mucho mejor ser pobre que perder la vida.

—Como se conoce que tú no has sido pobre…

—Claro que lo he sido. He pasado semanas y semanas con una moneda de veinticinco centavos en el bolsillo. Pero, en esas horas, malas aprendí una cosa, que lo más maravilloso del mundo me seguía perteneciendo. La vida. —Max negó con la cabeza—. No, no puedo dar mi consentimiento a que te unas a nosotros… En cualquier momento podemos convertirnos en trozos. Y, entonces, ¿de qué te serviría la herencia…? Ese estúpido de Luke como tú lo llamas, también sería el dueño de la granja. Trata de llegar a Los

Llanos por otros medios y, si no puedes, confórmate con tu destino.

—¿Sabes lo que eres tú, Max? —repuso la joven.

—Anda dilo.

—Un bocazas.

Coleman intervino:

—Bueno, ya hemos conocido la respuesta de Max. Habla tú, Allison.

Paul se frotó el cogote. Sonrió a la joven.

—Bueno, yo creo que debe venir…

—¡Bravo por el estupendo Paul! —exclamó Maureen.

—Yo opino como Maureen y estoy en contra de Max. Es cierto que la vida es algo maravilloso, pero sin dinero, no es nada.

Maureen se puso de rodillas ante Coleman.

—Hay un voto a favor y otro en contra, señor Coleman. Falta el suyo. Antes de que se decida, piense que, si no voy con ustedes, no habrá ninguna oportunidad para mí de que llegue a tiempo a Los Llanos.

Coleman bajó la mirada al suelo.

—Soy una cocinera estupenda —martilleó Maureen—. Prometo hacerles unos platos estupendos.

—No puedes —dijo Max—. Sólo llevamos habichuelas y tocino.

—Calla tú, bocazas.

Coleman levantó los ojos depositándolos en el rostro de la muchacha.

—No sé si hago bien o mal. Eso el tiempo lo decidirá. Pero vas a venir con nosotros…

La joven abrazó a Coleman y lo besó en la mejilla.

—No se arrepentirá.

—Ojalá aciertes —contestó Max con voz lúgubre.

CAPÍTULO VIII

Habían pasado tres días desde que salieron de Center City.

Coleman estaba muy contento. Su hipótesis de que Phil Robert sólo había mandado tres forajidos para barrerlos tenía ahora mucha más base.

Como él decía, con un poco de suerte, llegarían a Los Llanos sin ninguna novedad.

De todas formas, seguían tomando precauciones.

El carro de Max, que iba a la vanguardia, corría a una milla del segundo. Si uno de los carros era alcanzado y explotaba por los aires, el otro podía escapar de la catástrofe. Lo importante del caso era evitar, si la tragedia se producía, la onda expansiva.

Maureen seguía viajando en el vehículo de Paul Allison.

—¿Tienes novio Maureen…?

—No.

—Pues ya va siendo hora de que lo tengas.

—Bueno, he tenido unos cuantos.

—No me digas.

—Seis o siete…

—Caramba, eres una chica muy adelantada.

—Pero no me gustaba que ninguno de ellos me besase. Por eso, se puede decir que novio, lo que se dice novio, no ha sido ninguno.

—Claro, supongo que ellos tampoco pondrían mucho entusiasmo en el beso si los tratabas como a mí.

La joven rió.

—Lo tuyo fue distinto, lo mismo que lo de Max. Aparecisteis allí, en el establo, como dos fanfarrones. A propósito de Max, ¿tiene él alguna chica…?

—No, no creo que la tenga. Él vino de Oregón, y parece que no

dejó allí a nadie.

Coleman se acercó a ellos en el caballo.

—Todo sin novedad, muchachos… Casi es un viaje de placer. Me alegra que vengas con nosotros, Maureen. A estas horas ya estaría arrepentido si te hubiésemos dejado la primera noche cerca de Center City.

En aquel momento sobrevino una terrible explosión.

Los caballos del tronco se encabritaron, así como el que montaba Coleman.

Paul tuvo que hacer uso de toda su fuerza para serenar al tronco.

—¡Max! —exclamó Maureen—. ¡Ha sido su carro…!

—Vamos, muchachos —gritó Coleman y ya tenía el revólver en la mano.

Paul puso en marcha los animales emprendiendo una carrera desenfrenada.

Estaban rodeando una montaña y debido a la ventaja de Max, lo habían perdido de vista unos minutos antes.

El carro de Paul y Maureen pareció que iba a volcar. Al fin llegaron al lugar donde se había producido la catástrofe.

Vieron un trozo de rueda y un enorme hoyo, que contenía restos de los animales, tierra mezclada con sangre…

Dos árboles que había al lado del camino estaban desgajados, las ramas carbonizadas.

Maureen lanzó un grito de horror.

—Dios mío… No ha quedado nada de Max.

De pronto, se oyó un estampido, y de un hoyo a unos diez metros, apareció Max manejando un revólver.

Estaba disparando hacia el lado de la montaña.

—¡Max! —dijo Maureen sin poder contener su alegría.

—¡Cuidado, muchachos! —gritó Max, cuya cara estaba tiznada de negro.

Todos miraron hacia la ladera y pudieron ver lo que estaba ocurriendo.

Tres hombres daban vuelta a unas antorchas por encima de la cabeza.

Max hizo otro disparo y esta vez no falló.

Uno de los hombres que empuñaba la antorcha cayó lanzando

un grito de muerte.

—¡Saca el carro de ahí, Paul! ¡Rápido…!

Paul no se hizo repetir la orden.

Al momento, el carro y los caballos salieron disparados.

Aquellos dos hombres ya habían arrojado las antorchas. Una de ellas cayó donde segundos antes estaba el carro y la otra golpeó en la lona.

La antorcha debía contener alguna sustancia como la pez, ya que la lona prendió rápidamente.

Max hizo fuego con su revólver y otro de los forajidos se derrumbó.

—¡Para el vehículo, Paul…! —gritó Max—. ¡No puedes seguir corriendo!

—¡Abajo Maureen…!

La joven se arrojó desde lo alto del pescante.

Paul tiró de las bridas deteniendo el carromato.

—¡Salta, Paul…! —gritó Coleman.

Pero Paul Allison no hizo eso.

Se metió en el carro y, utilizando sus manos, atrapó la lona y, a tirones, empezó a arrancar las partes que ardían, lanzándolas a un lado del camino.

Coleman se acercó con su caballo y ayudó a Paul en el suicida trabajo que se había propuesto.

Max disparó contra el tercer pistolero, pero éste había desaparecido por entre las rocas.

Paul y Coleman habían conseguido su propósito.

El segundo carromato ya no corría peligro.

Maureen todavía no se había levantado del suelo.

Max se acercó cojeando.

Coleman dio un suspiro de alivio.

—Creímos que no te volveríamos a ver, Max…

—Yo también pensé que había llegado mi última hora cuando vi que la galera estaba ardiendo… Esos tipos me dejaron pasar y luego arrojaron las antorchas por detrás. Entonces no había nadie que disparase contra ellos, y llevaron a cabo su faena con puntería. Creo que las tres antorchas cayeron en la lona… Vi que no podía hacer nada por la dinamita y salté y me puse a rodar… Sólo pensé en alejarme. Estaba dando vueltas cuando sobrevino la explosión.

—Bueno, perdimos la mitad de la mercancía y, por lo visto, Roberts se ha propuesto que no llegue la otra mitad.

Max apretó los dientes.

—Esos dos mil quinientos kilos de dinamita van a llegar a Los Llanos, pese a Roberts y al mismísimo diablo. Me quedé sin caballo, pero tengo el de Paul. Yo vigilaré a partir de ahora los alrededores del camino… No nos sorprenderán de nuevo.

—¿Y si se lanzan en pandilla…? Es lo que ocurrirá cuando lleguemos a Los Llanos.

—Que se atrevan.

Coleman se enjugó el sudor de la frente.

—Ahora comprendo que mis amigos y yo nos propusimos un trabajo demasiado difícil… Vencer a un hombre como Phil Robert es casi imposible…

CAPÍTULO IX

—Nadie puede vencer a Phil Roberts… ¿Lo oís bien, muchachos…?

El que decía aquello era el propio Phil Roberts. Frisaba en los treinta y cinco años de edad, y era moreno de facciones alargadas.

—Ya podéis estar seguros de que, a estas horas, esa dinamita que compró Coleman se ha convertido en aire…

—¿Y qué es lo que pasará entonces…?

—Yo os lo diré… Que seré el amo de esta comarca.

Se encontraban en Almendro Chico, un pueblo situado a unas quince millas de Los Llanos.

Almendro Chico había sido un pueblo próspero porque en sus inmediaciones se encontró oro. Eso ocurrió cinco años atrás y, en aquella época, Almendro Chico empezó a crecer y a crecer. En poco tiempo se convirtió en centro de atracción de todos los aventureros de Texas y Nuevo México. Pero se acabó el oro mucho más pronto de lo que todos podían suponer. La gente empezó a abandonar el pueblo y sólo quedaron habitadas media docena de casas.

Como siempre ocurría, Almendro Chico terminó por convertirse en un refugio de forajidos.

No había representante de la ley, debido a los escasos habitantes, y sólo seguían funcionando un saloon un almacén y un par de cantinas.

Los dos hoteles que en otro tiempo habían albergado docenas de optimistas huéspedes, estaban ahora abandonados.

Los forajidos entraban y salían por donde querían y poco a poco iban acabando con todo, ya que a veces aprovechaban las propias maderas de las casas para calentarse.

Phil Roberts había elegido el saloon de Evelyn Baxter como centro de operaciones. Por ello, el local estaba muy animado ahora.

Phil Roben, en su camino a México, se encontró con el problema que tenían planteado en Los Llanos y decidió que aquél podía ser el gran negocio de su vida.

En Los Llanos y sus alrededores vivían granjeros, campesinos que no estaban muy acostumbrados al uso de las armas, y Phil pensó, que podía ser el mejor ganado para ordeñar y trasquilar.

Evelyn había entrevisto que podían volver los buenos tiempos y ya había contratado cuatro girls y hasta se permitió aprovisionarse de *whisky*, porque Phil Roberts, y sus hombres lo bebían con una encomiable frecuencia.

Ahora Phil Roberts apartó de sí a Evelyn y subió a lo alto de una mesa.

—Amigos, mañana mismo hablaré con el alcalde de Los Llanos y le presentaré mi contrapropuesta para domar ese río que destrozó sus campos… Todos recordaréis que le pedí quince mil dólares. Muy bien, esta vez mi precio va a ser mucho más económico. Le pediré veinte mil.

Las palabras de Roberts provocaron risotadas de sus seguidores.

Dos de ellos sacaron sus revólveres y se pusieron a disparar al techo.

—Silencio, maldita sea… —dijo Phil Roberts—. Está hablando vuestro jefe…

Todos se fueron acallando y entonces, Roberts prosiguió:

—En cuanto hayamos llegado a un acuerdo con el alcalde de Los Llanos, presentaré mi candidatura como marshall.

—Eh, Phil —dijo un tipo rechoncho con cara de mestizo que respondía al nombre de Carmelo Ramírez—. En Los Llanos hay marshall.

—Oh, sí, Carmelo, tienes razón… Pero es un problema que podemos solucionar rápidamente, ¿no te parece…?

Carmelo se quedó con la boca abierta unos instantes y, de repente, empezó a reír.

—Tú quieres decir que hay que cepillarlo.

Phil Robert se puso en cuclillas sobre la mesa y apoyó su mano sobre el hombro del mestizo.

—Carmelo, tú llegarás lejos, pero, por ahora, sólo hace falta que te llegues a Los Llanos y liquides el marshall de allí… Llévate a un par de hombres para este trabajo…

—Eso está hecho, Phil.

En aquel momento se oyó un galope.

Uno de los hombres miró por la ventana.

—Eh. ¡Phil… Es Dave Trask… Pero viene solo…!

Poco después entró un hombre polvoriento y sudoroso.

En el saloon se había hecho un silencio impresionante.

Dave Trask se acercó a la mesa en que Robert estaba subido.

—¿Qué pasó, Dave…?

—Hicimos volar uno de los carros.

—¿Sólo uno…? ¿Qué estupidez estás diciendo?

—Lo siento, jefe, pero no pudimos con el otro.

—¿Dónde dejaste a Jim y a Leo y a los demás?

—Están muertos.

Phil saltó de la mesa y atrapó a Dave Trask por el cuello.

—¿Me quieres decir que de seis hombres que envié sólo vuelves tú…?

—Sí, jefe. Tres fueron muertos en Center City.

—Pero ¿de qué majadería me estás hablando…? ¿Me quieres decir ahora que ese Coleman ha resultado un
gun-man
como Bill el Niño?

—Coleman no mató a nadie, pero contrató a dos tipos que han resultado ser un par de demonios.

El puño de Phil restalló en la cara de Dave Trask el cual cayó dando una vuelta de campana.

Se levantó tambaleándose.

—Jefe, tú sabes que yo soy bueno…

—Bueno para irte al infierno. Tú dices que Coleman contrató a dos tipos, pero vosotros seguíais siendo seis. No debisteis fallar…

—Ya te he dicho que dos mil quinientos kilos de dinamita se fueron por el aire.

—Eres un estúpido. Coleman compró dos pedidos y, con uno solo de ellos que llegue, ya hay bastante para que el río vuelva a su cauce… ¿Lo oyes bien o quieres que te lo escriba en la frente con ayuda de mi revólver…?

—Jefe, admito que no hicimos un trabajo completo, pero a Coleman sólo le queda la mitad de su pedido. Será un trabajo fácil acabar con él cuando llegue…

Phil se aplacó poco a poco.

—Sí, Dave. Quizá tengas razón… A propósito, ¿cómo se llaman esos dos fulanos…?

—Max Bates y Paul Allison.

—¿Alguien oyó hablar de ellos? —preguntó Roberts mirando a su alrededor.

Nadie le pudo contestar.

—Bueno —dijo y volvió a sonreír—, os apuesto cualquier cosa que sólo se trata de dos suertudos.

Carmelo Ramírez dejó oír su voz.

—¿Sigue en pie lo del marshall…?

—Claro que sigue en pie, pero ahora no vas a ser tú quien termine con él. Es una cuestión personal… Yo mismo me voy a ocupar de él.

* * *

El marshall de Los Llanos. Red Hammer, era una buena persona a quien un día los ciudadanos habían concedido su confianza. Pero él no había nacido para ostentar la insignia que llevaba sobre su pecho.

Como la mayoría de los ciudadanos de Los Llanos, tenía un campo de labor que ahora, a consecuencia del movimiento sísmico, había quedado inundado.

Hammer nunca había tenido necesidad de un ayudante, porque, en realidad, los ciudadanos de Los Llanos eran gente pacífica. Tan sólo los jóvenes alguna vez se emborrachaban los sábados y, entonces, Hammer cogía a un par de ellos, los más revoltosos, y los encerraba en una celda hasta el día siguiente.

Sin embargo, las cosas habían cambiado mucho.

Era lo que le estaba diciendo al doctor Mike Dublin.

—Doctor, ¿qué hemos hecho nosotros para merecer las plagas de la Biblia…? Primero hubo un terremoto que nos hundió la escuela y cuatro casas…

—Por fortuna, sólo hubo que lamentar un muerto y cuatro heridos…

—Pero con el terremoto vino la inundación y fue la ruina de todos…

—Hemos de sobrellevarla. Las cosas se van a arreglar.

—Eres muy optimista, doctor.

—Tengo que serlo, Red. ¿Qué sería de nosotros si nos dejásemos llevar por pensamientos lúgubres…?

El marshall dio un suspiro.

—Ese Phil Roberts me quita el sueño…

—Hace más de cuatro días que no se ve por aquí, y tampoco he visto a ninguno de sus hombres.

—Sé que están en Almendro Chico. Son como cuervos que esperan caer sobre la carroña… Y entérate de una vez, doctor. Nosotros somos esa carroña.

—Creo que exageras demasiado, Red. Ya verás como Coleman vuelve con la dinamita.

—No, no creo que lo consiga…

El doctor se puso en pie y tomó su maletín. Acostumbraba a hacer a Red una visita todos los días para jugar una partida de ajedrez, pero desde que sobrevino la catástrofe, interrumpieron sus partidas porque el marshall no estaba para jugar.

—Levanta ese ánimo. Red… Ya verás como Coleman cumple su palabra.

En aquel momento se abrió violentamente la puerta de la oficina.

El marshall se levantó de un salto y luego se quedó quieto, sintiendo un escalofrío por la espalda.

Justamente acababa de entrar el hombre que más temía, Phil Roberts, el cual se hacía acompañar por aquel mestizo, Carmelo Ramírez, y otro pistolero llamado Dudley Kenton.

—Buenos días, marshall.

—¿Qué quiere, Roberts…?

—Creo que estaban hablando de Coleman.

El marshall y el doctor guardaron silencio.

Phil Roberts dio unos pasos hacia la mesa y, sin dejar de sonreír, dijo:

—La mitad del cargamento de Coleman ya voló por los aires.

El marshall empalideció.

El doctor Dublin ya había cumplido los sesenta años y era pequeño, de espalda encorvada. Había llegado a Los Llanos quince años antes porque había sido desahuciado por la propia ciencia que estudió. Pero la ciencia se equivoca muchas veces y en el caso de

Dublin se demostró a las claras. El clima de Los Llanos le hizo mucho bien, tanto que lo convirtió en un hombre nuevo. Por ello Dublin amaba aquella tierra y a sus habitantes. Siempre estaba dispuesto a ayudar al que necesitaba de sus servicios, sin importarle sus honorarios.

—Roberts —dijo el doctor—, si usted dice que la mitad de la dinamita voló, quiere decir que la otra mitad está bien.

—Así es, doctor.

—Entonces, quizá llegue.

—No, no lo creo…

—Espero que se equivoque, Roberts.

—Doctor, usted me está resultando un poco hueso. Sería mejor que se ocupase únicamente de sus enfermos. Por ejemplo, ¿no ha visto al marshall?

—El marshall se encuentra perfectamente.

—¿Está seguro, doctor…?

—Claro que lo estoy.

—Le voy a probar que se equivoca —dijo Roberts y tiró del revólver.

En la siguiente fracción de segundo hizo fuego.

El marshall fue alcanzado en el pecho y cayó al suelo.

Roberts inclinó la cabeza hacia Dublin.

—¿Lo ve, doctor…? El marshall estaba tan enfermo que ya está muriendo.

—¡Es usted un asesino!

—¿No sería mejor que atendiese a su amigo…?

Mike Dublin fue adonde estaba el marshall.

Vio que estaba herido cerca del corazón y comprendió que nada podía hacer por él.

El marshall abrió los ojos y esbozó una sonrisa.

—¿Te das cuenta, doctor…? Yo tenía razón… Todas las plagas de la Biblia cayeron sobre nosotros… La destrucción y la muerte…

—Te curaré, Red…

—No, doctor, ya no puedes hacer nada por mí… Esta vez me dieron un jaque mate… Fue mi última partida y la perdí por cobarde.

Fueron las últimas palabras del marshall porque exhaló un gemido y murió.

El doctor Dublin cerró los párpados de su amigo con mano temblorosa.

Luego alzó los ojos y los detuvo en la cara de Roberts, que seguía sonriente.

—¿Cuál de los dos tenía razón, doctor…? —dijo el forajido.

El doctor se irguió poco a poco.

—Roberts, si yo tuviese un revólver, ahora lo sacaría para utilizarlo contra usted.

—Entonces, tiene suerte, doctor, porque ya estaría haciendo compañía a su amigo.

—¿Qué ha pretendido con esto…?

—Demostrarles que no se van a salir con la suya y dejar vacante el puesto de marshall para ocuparlo yo.

—Está loco si piensa que va a ocurrir tal cosa.

—Todo lo contrario, doctor. Estoy muy cuerdo. Aprendí en la vida cuándo voy a ganar y cuándo voy a perder… En Los Llanos se presentó mi mejor oportunidad. Y óigalo bien, doctor. La voy a aprovechar pese a quien pese.

—Lárguese de Los Llanos, Roberts… Lárguese y podrá conservar todavía la vida.

Carmelo sacó el revólver.

—¿Lo matas tú o quieres que te ahorre ese trabajo, Roberts…?

El jefe de los forajidos dejó correr unos segundos y, al fin, volvió a sonreír.

—No vamos a matar al doctor.

—¿Por qué no…? —inquirió Carmelo.

—¿Es que no lo has oído…? Me ha hecho un desafío. Lo dejaremos vivir para que vea mi triunfo… Entonces, ya podremos matarle.

—Sólo lo veré de una forma. Muerto —contestó Dublin.

Roberts levantó el revólver y apuntó a la cara del doctor.

—Métase esto en la cabeza, medicucho. Coleman fracasará… Ustedes tendrán que aceptar mi oferta. Ahora vuelvo con mis hombres a Almendro Chico, pero muy pronto me dejará caer por aquí y, entonces usted y todos los labriegos me pedirán que los salve, porque yo seré el único que podrá desviar las aguas del río. ¿Lo oye, doctor…? Y con ello quiero decirle que seré el amo de la comarca, que es lo que me he propuesto ser.

Pronunciadas las últimas palabras, Roberts hizo una señal a sus hombres y salieron de la comisaría.

CAPÍTULO X

Llevaban seis días de viaje.

—Mañana llegaremos a Los Llanos —anunció Coleman sonriente.

—Entonces, debemos tener más cuidado que nunca —repuso Max.

En ese momento sonó un estampido.

—¡A las rocas! —gritó Max.

Era justo donde habían dejado el carromato.

Max atrapó en su camino a Maureen y los dos rodaron por el suelo.

Paul y Coleman ya estaban disparando, de bruces en el polvo, junto a las piedras.

Media docena de jinetes corrían hacia allí lanzando gritos y disparando sus armas.

Dos de ellos saltaron de las sillas alcanzados por las balas de Coleman y Paul.

Max ya se había librado de Maureen y también estaba defendiendo la mercancía del carro.

Tumbó a otro pistolero.

Los otros tres forajidos se dieron cuenta de que se las tenían que ver con hombres hábiles en el manejo de las armas, y sólo pensaron en librarse de la trampa en que ellos mismos se habían metido.

Poco a poco, se alejaron del lugar donde habían dejado a tres compañeros muertos.

Max se puso en pie.

—Bueno, creo que ya pasó el peligro.

Coleman se echó a reír.

—Les hemos pegado duro.

De pronto, la joven dio un chillido.

Max se volvió rápidamente.

Una serpiente de cascabel estaba a menos de dos yardas de Maureen. Probablemente, al oír los disparos había salido de su escondite.

Max apretó el gatillo.

El ofidio recibió el impacto en la cabeza y saltó en el aire pegando latigazos.

Maureen, pasado el peligro, sintió que desfallecía. Se le doblaron las piernas.

Max corrió a su lado y la sostuvo por la cintura.

—Ya te puedes desmayar, dulzura.

La joven respiró profundamente y con eso evitó el desmayo.

—Bueno —dijo—, no sé qué era peor si los forajidos o esa serpiente de cascabel.

* * *

Aquella misma noche, Coleman estaba haciendo la guardia.

Paul Allison y Max Bates dormían.

Supuestamente, también dormía Maureen.

En un momento determinado, la joven se puso en pie y, poniéndose la manta sobre los hombros, se acercó a la hoguera donde montaba guardia Coleman.

—No puedo pegar un ojo.

—Sí, ya lo comprendo…

—¿Qué es lo que comprende, señor Coleman…?

—Es el amor el que no te deja dormir…

—Creo que tiene razón.

—¿Cuál de ellos es el elegido?

—Eso es lo que no sé.

—¿Cómo…?

—Usted no se lo creerá, señor Coleman, pero me pasa algo muy raro. Me he enamorado de los dos.

Coleman parpadeó desconcertado.

—Eso no puede ser…

—Eso es lo que me he dicho una y otra vez, señor Coleman, pero le aseguro que no me ha servido para nada… Me gusta Max y me gusta Paul…

—Pues tendrás que elegir a uno porque no te puedes casar con los dos.

—Le seré sincera, señor Coleman. Yo creo que será difícil que me case con uno de ellos. Los dos son duros. He hablado con Max y con Paul en estos días, y son del mismo barro. Ninguno de ellos quiere ver el matrimonio ni en pintura… Como piensan igual a ese respecto, quizá sea una de las razones por las cuales me he enamorado de los dos…

Coleman se echó a reír.

—¿Lo encuentra divertido, señor Coleman…?

—Sí, mucho.

—Al menos, me podía dar una solución.

—¿Crees que puedo…?

—Usted es un hombre de experiencia.

—He vivido mucho, pero confieso que de mujeres entiendo poco… Te voy a decir otra cosa. No creo que exista un hombre que sepa mucho de esa disciplina. Vosotras, las mujeres, sois algo muy especial… Además, agregaré algo. Todavía no he conocido a una mujer que esté enamorada al mismo tiempo de dos hombres… De modo que, sólo te puedo decir una cosa, Maureen. Tú tendrás que ser quien resuelva.

—¿Qué puedo hacer…? —dijo Maureen como si hablase consigo misma.

Miró hacia donde dormían Paul y Max.

—Los dos son guapos, varoniles, simpáticos, atractivos…

—Échalo a suertes.

—¿Cómo…?

—Ya sabes. Tira una moneda al aire. Si sale cara, te quedas con Max y, si sale cruz, te quedas con Paul.

—Pero, señor Coleman, ¿y si cae de canto…?

Coleman rió de buena gana la salida de Maureen.

* * *

Coleman había decidido seguir un camino distinto al normal para llegar a Los Llanos.

Conocía bien la comarca y eligió el Este.

—Espero que Phil Roberts no haya pensado como yo —había dicho.

Al llegar a lo alto de una colina, descubrieron el río. Parecía un mar debido a las tierras inundadas.

Se detuvieron unos instantes observando aquel paisaje de desolación.

Guardaron un silencio y, por fin, Max dijo:

—Ha valido la pena traer la dinamita… ¿A qué distancia estamos de la ciudad, Coleman?

—A menos de tres millas.

—Pues vamos allá. Ya estoy deseando llegar.

—Yo también, porque pienso que al fin hemos podido burlar a Phil Roberts. Él nos espera por un sitio y nosotros vamos a llegar por otro.

Más satisfechos que en ningún otro momento, reanudaron la última etapa del viaje.

CAPÍTULO XI

El juez Charles Wilson se subió los anteojos por encima del puente de la nariz y miró a su visitante, que estaba al otro lado de la mesa.

—Luke Oven, ¿eh…?

—Sí, señor juez —asintió el aludido, un tipo de unos veintiséis o veintisiete años, flaco, estirado.

Al juez no le gustó la fachada de Luke Oven. Sus labios se curvaban hacia abajo y su nariz era demasiado ganchuda.

Al juez le daba la impresión de que con su nariz y su barbilla podía atrapar una mosca. Aquella clase de tipos siempre le habían resultado desagradables.

—Sentí mucho la muerte de su tío Spencer, señor Oven.

—Yo también —respondió Luke dando un suspiro—. El buen tío Spencer siempre ocupó un lugar preferente en mi corazón.

—Pues cualquiera lo diría. Su tío Spencer me decía que tenía un sobrino que era más cursi que un repollo… ¿Acaso existe otro sobrino…?

Las mejillas de Luke Oven se habían puesto encarnadas.

—No, señor juez, yo soy el único sobrino de Spencer Oven.

—Creo que se equivoca, señor Oven. Existe una sobrina, Maureen Oven, que es la primera heredera.

Luke sonrió.

—Bueno, a los efectos que a usted y a mí nos interesan, esa sobrina no existe.

—¿Por qué dice eso…?

—Mi prima Maureen es la oveja negra de la familia, si me permite decirlo…

—Sinceramente, me parece muy cochino que usted diga eso.

—¿Cómo…? ¿Qué es lo que dice, juez…?

—No me gusta escuchar cosas feas de los demás.
—Pero si le hablaba de mi prima…
—El hecho de que Maureen Oven sea su prima no es imputable a ella.
—Está bien, señor juez. Se lo diré de otra forma.
—Lo prefiero.
—Maureen Oven nunca vendrá a Los Llanos.
—¿Por qué cree que no, señor Oven?
—Porque está a unas mil trescientas millas de aquí, en Abilene.
—¿No cree en la posibilidad de que se haya puesto en camino…?
—No.
—¿Qué razones tiene para estar tan seguro…?
—Es la mar de sencillo, señor juez. Mi prima es una insignificante camarera, ya sabe, una mujer de esas que sirven los platos en los restaurantes…
—Sé perfectamente lo que es una camarera, señor Oven. Y por cierto, he encontrado muchas veces entre ellas a muchachas muy agradables y de buena educación, cosa que no se puede decir de algunos rancheros.
Luke Oven entornó los ojos. Él era un ranchero, y el juez lo sabía. Carraspeó fuertemente.
—Señor juez, ¿quiere leer el testamento de mi tío?
—Sí ya lo conoce, ¿para qué quiere que lo lea…?
Luke Oven sonrió desdeñosamente.
—Entonces, estoy de acuerdo con usted. No lo lea. Prefiero que me nombre oficialmente heredero de la granja de mi tío Spencer.
—No puedo hacer eso.
—¿Por qué no…? Hoy es el día señalado para que yo entre en posesión de esa herencia. Corríjame si me equivoco, señor juez.
—No, no se equivoca.
—¿Entonces…?
—Efectivamente, hoy es el día en que su prima Maureen o usted han de tomar posesión de la herencia de Spencer Oven, pero todavía no ha terminado el día. Son solamente las cuatro de la tarde.
—¿Supone que hemos de esperar hasta las doce de la noche?
—Sí, señor Oven.

—Si usted me lo permite, le diré que está llevando demasiado lejos las cosas. Sólo faltan ocho horas para que empiece un nuevo día. ¿Por qué perder el tiempo…? ¿Acaso tiene usted noticias de que mi prima Maureen se encuentra en camino?

—No, no tengo ninguna noticia de su prima, pero la ley es la ley.

—¿No cree que en este caso se trata de una diligencia completamente innecesaria…? Señor juez, ¿me va a hacer venir a las doce de la noche…? Le advierto que en mi rancho me acuesto a las siete.

—La hora en que usted se acueste me tiene sin cuidado, señor Oven. Usted estará aquí a las doce de la noche.

—Dios mío, no voy a pegar ojo…

—Eso es cuestión suya.

Luke se levantó.

—Protesto, señor juez.

—Puede protestar todo lo que quiera, y si quiere morder algo, ahí tiene el rabo de mi perro, pero le advierto que él también muerde.

Luke Oven abrió unos ojos como platos.

—Señor juez, estaré aquí a las doce, vivo o muerto.

—Por favor, si está muerto no arrastre las cadenas al entrar, me desagrada mucho esa clase de ruido.

Luke fue a contestar, pero no encontró argumento.

En aquel momento se oyó un gran griterío en la calle.

—¿Qué es eso…? —exclamó Luke dando un respingo.

El juez corrió hacia la ventana.

—¡Ahí llega un carromato…! ¡Cielos, es Coleman! ¡Y trae la dinamita…!

—¿Ha dicho dinamita, señor juez?

—Dos mil quinientos kilos.

La cara de Luke demostró un gran horror.

—Juez, ¿se encuentra usted bien…?

—Mejor que en mi vida… ¡Viva la dinamita!

El juez se acercó a Luke y lo atrapó por las solapas de la chaqueta.

—Juez, no me toque…

—¿Ha visto algo más hermoso que la dinamita…?

Luke creyó a pies juntillas que se las tenía que ver con un loco.

—No, juez, no he visto nunca nada tan estupendo. ¡Viva la dinamita!

—¿Sabe para qué sirve…? Explota.

—Sí, señor, explota haciendo ¡pum…!

—¿Y qué supone que harán dos mil quinientos kilos explotando a la vez…?

—Un pum muy gordo.

—Una montaña entera se vendrá abajo y las aguas que son el elemento primordial de la vida, regarán el campo y producirá frutos.

—Sí, señor. Y comeremos perdices y todos viviremos felices.

—¿Qué idiotez está diciendo…?

—¿He dicho alguna idiotez, juez? ¡Viva la dinamita!

—Es usted el tipo más tonto que me he echado a la cara… ¿Me ha entendido o necesita que se lo diga en la oreja…?

—No, no hace falta, señor dinamita… Oh, perdón, quise decid señor juez.

En la calle seguía la algarabía.

Se oían gritos por todas partes y Luke, asombrado, oyó que la gente decía: ¡Viva la dinamita…!

Había llegado a Los Llanos apenas hacía dos horas, y a él le importaban un rábano los problemas de los demás. Quería hacerse cargo de una herencia, y sólo le interesaba eso.

Pero ahora estaba seguro de que se había metido en un lugar donde todo el mundo estaba loco. Jamás había conocido un pueblo en donde tuviese tanto éxito la dinamita.

Eso le hizo recordar las sociedades primitivas, de la edad de piedra, donde se adoraba al fuego. Sí, seguramente era eso. Los Llanos eran un lugar salvaje, en donde los ciudadanos se reunían los días festivos y, luego de echarlo a suerte, volarían una casa con todos sus habitantes dentro, para hacerlo más emocionante.

En aquel momento se abrió la puerta con violencia.

Entró una joven que se cubría con pantalones y camisa a cuadros.

—Primo Luke, ¿qué haces abrazado a un hombre…?

Luke gritó:

—¡Es un juez loco, Maureen!

Luke tenía motivos para decir eso porque el juez tenía los ojos desorbitados y tarareaba una canción.

—¡Líbrame de él, por lo que más quieras, Maureen!

—¿Cómo sabes que está loco…?

—Sólo sabe hablar de la dinamita, de dos mil quinientos kilos nada menos…

—Vamos, juez, no sea usted así, deje a mi primo.

El juez soltó a Luke, pero seguía bailando y cantando.

Luke corrió al lado de su prima, por si el juez lo cazaba de nuevo.

—Gracias, prima, me has salvado… —De pronto reaccionó—. Eh, ¿cómo has podido llegar hasta aquí…?

—Es la mar de sencillo. Yo he llegado con los dos mil quinientos kilos de dinamita.

—¡No! —gritó Luke y se tambaleó, cayendo en el suelo.

CAPÍTULO XII

—Caballeros —dijo Richard Coleman—. Todo el mérito de esta hazaña, corresponde a los dos hombres que tengo a mi lado, a Max Bates y a Paul Allison.

Los ciudadanos de Los Llanos lanzaron hurras por Max y hurras por Paul.

Estaban en el establo de Urias Jones, en donde había quedado depositada la mercancía.

Una docena de hombres provistos de rifles iban a guardar la preciada dinamita. Sólo gracias a ella, las aguas del río Cerezos volverían a su cauce, y en un plazo no muy lejano, produciría la riqueza en la comarca.

Max Bates levantó las manos para imponer silencio.

—Ciudadanos de Los Llanos, debo decir que el señor Coleman es muy modesto… Les aseguro que es él quien merece toda la gratitud de ustedes. Paul y yo sólo hemos hecho que ayudarle.

Dos ciudadanos atraparon a Richard Coleman y lo llevaron sobre sus hombros, en un paseo triunfal alrededor del establo.

Hasta los caballos parecieron sumarse al homenaje porque soltaron grandes relinchos.

Coleman, por fin fue depositado de nuevo sobre la tribuna, unas balas de paja.

—Silencio, por favor. Vamos a llevar a cabo el acto más importante. La entrega a Max Bates y Paul Allison de los mil dólares prometidos. Señor Smith, ¿quiere hacer el favor de traer el dinero…?

El señor Smith, el tesorero de la Asociación de Granjeros de Los Llanos era un hombre de talla media, regordete barrigudo, con cara aplanada, como si le hubiesen hecho a martillazos sobre un yunque.

—Disculpe, señor Coleman, pero en caja no hay dos mil dólares. Sólo tenemos cincuenta dólares… Lo siento mucho, pero tuvimos que pagar casi los dos mil dólares a Phil Roberts.

Max y Paul se quedaron helados.

Coleman también dio muestras de una gran contrariedad.

—¿Cuándo fue eso, Smith…?

—Esta mañana. Roberts envió a la ciudad a un mestizo llamado Carmelo Ramírez con otros cuatro hombres… Vinieron a la asociación y ese Carmelo Ramírez dijo que teníamos que darle dos mil dólares de parte de su jefe, o se pondrían a disparar contra los primeros que se les pusieran por delante, fuesen mujeres o niños…

—¿Eso dijo? —preguntó Max.

—Sí, señor. Exactamente.

—Imagino que tienen ustedes un marshall.

—No, señor no lo tenemos.

Coleman palideció.

—Pero ¿dónde está Red Hammer?

Algunos hombres bajaron la mirada al suelo.

Al fin, el tesorero Smith dijo:

—El marshall fue asesinado en su oficina, en presencia del doctor Dublin.

—¿Por qué…?

El doctor Dublin estaba en primera fila y respondió:

—Roberts dijo que será el próximo marshall.

Se produjo una gran conmoción, aunque los ciudadanos de Los Llanos ya sabían la noticia.

—¿Dónde está Roberts…? —preguntó Max.

—A unas quince millas de aquí, en Almendro Chico —respondió el doctor.

—¿Tiene muchos hombres con él?

—Al principio llegó aquí con una docena, pero ahora tiene veinte o más, a pesar de las bajas que ustedes les han producido. Todos son gun-men de la mejor clase… Y con eso quiero decirle que son asesinos.

—Señor Coleman —dijo Max—, solicito la plaza de marshall.

—Y yo la de ayudante —dijo Paul.

Coleman se mojó los labios con la lengua.

—Ya han hecho ustedes demasiado por nosotros. No están obligados a más.

Paul sonrió.

—Eh, señor Coleman no nos puede escamotear el precio que se comprometió a pagar.

Coleman captó la ironía de Paul y dijo:

—Todos nosotros estaremos muy orgullosos de que ustedes sean los representantes de la ley en Los Llanos. Pero ¿no sería mejor que lo pensasen antes de arriesgar de nuevo la piel…? Después de lodo, creo que, haciendo un esfuerzo podríamos reunir los dos mil dólares que ustedes se han ganado.

Max esbozó una sonrisa.

—A Paul y a mí nos gustan también las emociones fuertes, ¿no es verdad, muchacho…?

—Seguro.

Coleman sacudió la cabeza.

—Entonces, trato hecho. Ahora mismo el juez Charles Wilson les tomará juramento de sus cargos.

* * *

Phil Roberts paseaba de un lado a otro del saloon, en presencia de sus hombres.

Todos callaban porque sabían cómo las gastaba Roberts cuando estaba furioso, y esta vez tenía más motivos que nunca.

Phil se detuvo y lanzó una carcajada.

Fue una carcajada histérica.

Todos sabían que no debían de corearle, todos menos uno, un tipo pequeñajo, con cara de retrasado mental.

—Fue bueno el chiste, jefe.

Roberts se quedó tan serio como si se hubiese tragado el piano.

—Enano, ¿de qué te ríes?

—De usted…, ¿de qué va a ser…? Perdón, quise decir de lo que usted también se reía.

—Pero ¿de qué te crees que me río yo…?

—Es lo que me estoy preguntando.

—Total, que no sabías de qué te reías…

El subordinado de Roberts estaba ya hecho un lío.

—Oiga, jefe, ¿por qué no empezamos por el principio…?

—Eso es, Mitch, volvamos al principio. Te voy a hacer cosquillas en el sobaco y tendrás motivos para reír.

—¿Habla en serio, jefe…?

—Te he dicho que levantes el brazo.

Mitch lo levantó.

Roberts desenfundó e hizo un disparo.

La bala le entró a Mitch por la mismísima axila, y lo más asombroso del caso fue que lanzó una estruendosa carcajada. Pero fue cosa de los nervios porque ya estaba hecho polvo.

—Maldita sea, jefe… Este chiste se lo debió contar a su padre… —dijo el pobre muchacho y se derrumbó.

Todavía movió un poco las piernas, y por fin, quedó inmóvil.

Phil Roberts desparramó la mirada por sus hombres.

—¿Hay otro que quiera reír…?

Se demostró en seguida que todos querían estar serios porque no hubo ningún voluntario.

Entonces, Phil Roberts metió el revólver en la funda y dijo:

—Sois una pandilla de inútiles… Si no fuese porque quiero convertiros en hombres, ahora mismo os despedía a todos para que os ganarais la vida con el sudor de vuestra frente. Os dije que vigilaseis todos los caminos de la ciudad… ¿Y qué es lo que pasa…? Que dejáis que ese Coleman y sus dos niños bonitos se nos cuelen en Los Llanos… Esos zaparrastrosos han logrado su dinamita… Sí, señores, ya tienen el explosivo con el que podrán hacer el negocio por su cuenta. Pero ahí no acaban las desgracias… Resulta que los dos niños bonitos son nombrados representantes de la ley en Los Llanos. Uno es marshall y el otro ayudante del marshall… ¿Es que no se os cae la cara de vergüenza…? Maldita sea, si hace algunos días me hubiesen dicho que llegaríamos tan bajo, me hubiese colgado de una lámpara.

Algunos pistoleros miraban al suelo porque se sentían avergonzados.

Carmelo Ramírez dio un paso al frente.

—Jefe, ¿puedo hablar…?

—Pero ¿tú sabes hablar, pedazo de bestia…?

—Yo fui a la escuela. ¿Recuerda lo que le conté qué pasó entre, la maestra y yo…? Hicimos un pacto para que ella me enseñase a mí y yo le enseñase a ella.

Ante aquellas palabras, los hombres parecieron recobrar su buen humor y se pusieron a reír.

—¡Basta! —gritó Roberts—. Pero ¿de qué os reís…? ¿Cuántas veces ha contado Ramírez lo mismo…? Lo menos cincuenta veces y os seguís riendo de su fábula… ¿Queréis que os diga una cosa…? ¡Todo es una mentira! Carmelo nunca fue a la escuela, nunca tuvo una maestra… —señaló a Carmelo—. Anda, dime quién de los dos miente. ¿Tuviste o no tuviste maestra…? —Así diciendo puso la mano en el revólver.

Carmelo se pasó la lengua por los labios.

—Le juro por mi abuela que yo no he pisado una escuela en toda mi vida. Y que lo de la maestra fue solo un sueño…

—Muy bien, entonces ya puedes hablar.

—Gracias, jefe. Lo que quería decirle es un proverbio.

—¿Con proverbios a mí, ahora…?

—Sí, señor, pero es que se puede aplicar en este caso, ya sabe a Los Llanos.

—Suéltalo de una vez.

—El proverbio dice: «Muerta la rabia se acabó el perro».

—Pero ¿qué idiotez es ésa…? ¿No será al revés, Carmelo…? ¿No será: «Muerto el perro se acabó la rabia»…?

Carmelo se pellizcó la mejilla y quedó pensativo un rato.

—Vamos a ver, jefe. ¿Qué es primero, la rabia o el perro…?

—Lo vas a saber en seguida —dijo Roberts y le soltó un puñetazo con la derecha.

Carmelo salió disparado y habría caído al suelo de no haber sido por la pared que encontró a su paso.

Luego, Phil echando espumajos por la boca, se lanzó hacia él mientras gritaba:

—¿Es que no me ves la cara…? Primero es la rabia y, por si te falta saber algo, aquí el único perro que hay eres tú… ¡Y no me repliques porque ahora mismo te ordeno que te pongas a cuatro patas y que ladres…!

—Sí, jefe, pero yo sólo quería decir que…

—Yo ya sé lo que tú querías decir. Que si las cosas se complicaron porque aparecieron dos entrometidos como Max Bates y Paul Allison las cosas se pueden volver a arreglar para nosotros si acabamos con ellos. ¿Es cierto o no es cierto que eso es lo que

querías decir…?

—Sí, jefe, ha dado en toda la yema…

Roberts gritó con todas las fuerzas de sus pulmones:

—Evelyn…

La dueña del saloon se disponía a tomarse un té cerca del mostrador, pero con aquel grito se volcó encima la taza.

—¿Qué quieres, querido…?

—Vamos arriba, a tu habitación, necesito pensar…

—Sí, Phil, ahora mismo voy en cuanto tome una taza de té.

—Nada de té… Te vienes ahora conmigo… Luego te bebes un cubo si quieres…

—Sí, Phil ahora mismo.

Roberts se fue arriba para pensar con Evelyn.

CAPÍTULO XIII

Maureen estaba sentada en una mesa del restaurante de Mary Forbes.

Su cara tenía un aspecto muy triste.

Coleman entró en el local y, al ver a la joven, se acercó a su mesa.

—¿Puedo sentarme…?

—Desde luego, señor Coleman.

—¿Qué te pasa, Maureen…? Cualquiera diría que aún estamos en camino. ¿No llegaste a tiempo de cobrar tu herencia…?

—Sí, y acabo de ver mis tierras llenas de agua. Sólo sirven para criar ranas…

—Bueno, mañana empezarán a cambiar las cosas.

—¿Usted cree?

—Las aguas volverán al cauce del río y tus tierras, como las demás, quedarán en condiciones de ser labradas… Lógicamente, esta inundación rendirá su fruto en el futuro, ya que se habrá depositado un limo que hará el papel de abono.

—¿Usted cree…?

—En Egipto pasa eso con las crecidas del Nilo… Leí en un libro que si no fuese por las inundaciones, los campesinos estarían arruinados.

—Caramba, eso está bien… Espero que no se equivoque.

—Pasando a otro problema. ¿De cuál de los dos estás realmente enamorada…?

—Aún no lo sé, y lo peor es que cada día me gustan más los dos… Eso me intranquiliza, señor Coleman, porque dice muy poco en mi favor, ¿no le parece…?

Coleman se echó a reír.

—No, no creo que sea grave. Llegará un momento, el más inesperado para ti, en que te decidirás por uno de los dos.

—Pero ¿cuándo, señor Coleman?

—Tal vez sea más pronto de lo que tú te imaginas.

—Pero es que yo, no puedo vivir en esta incertidumbre.

—Quizá convendría que hicieses algo, Maureen.

—¿Qué cosa…?

—¿Por qué no procuras verlos por separado…? Quizá en eso consista todo.

—¿Usted cree…?

—Hasta ahora sólo viste a Max y Paul juntos, ¿no es eso…?

—Sí, los conocí en aquel establo de Center City. Y usted sabe que, desde entonces, no nos hemos separado.

—Sin embargo, con uno de ellos estuviste más tiempo que con el otro porque viajabas con él.

—Oh, sí se refiere a Paul… Pero es que me pasaba una cosa muy rara… Cuando estaba en el pescante con Paul echaba de menos a Max, y cuando estaba con Max, buscaba con la mirada a Paul.

—Sí, ya veo que es difícil.

—Pero creo que ha tenido una buena idea, señor Coleman. Voy a empezar a verlos a solas, y será ahora mismo.

La joven se levantó y Coleman dijo:

—No hace falta que pagues la comida, yo invito.

—Gracias, señor Coleman se lo agradezco porque estoy sin blanca. El juez Wilson me ha dicho que me hará un préstamo de cien dólares hasta que mis tierras empiecen a producir.

—¿Qué sabes de tu primo Luke…?

—Continúa en Los Llanos. Enfermo.

—¿Enfermo…?

—Sí, le dio un ataque de algo cuando yo me presenté para hacerme cargo de la herencia… Hace un rato pasé a verlo al hotel. ¿Y sabe lo que me dijo el encargado…? Que mi primo se pasó la noche gritando: «¡Viva la dinamita…!».

—Sí, me hago cargo. Debe haberle afectado mucho nuestra llegada.

—Hasta luego, señor Coleman.

La joven salió del restaurante y se encaminó hacia la oficina del marshall, que estaba en el mismo lado de la acera.

Abrió la puerta sin llamar.

Paul pegó un salto en la silla. Ya tenía el revólver en la mano, apuntando hacia su visitante.

Al ver que era Maureen sacudió la cabeza.

—Maureen no vuelvas a entrar sin llamar…

—Oh, perdona, Paul…

—He estado a punto de hacerte un agujero en tu linda fachada.

—¿De verdad que te parece linda? —preguntó ella con coquetería.

—Desde luego.

La joven cerró la puerta y se acercó lentamente hacia Paul, con las manos en la espalda.

—¿No está por ahí Max…?

—No, fue al establo donde se guarda la dinamita… Me encargó que pusiese en orden el archivo… Si lo llego a saber que un ayudante de marshall tiene que hacer esta clase de trabajo, no habría prestado juramento.

Paul volvió a sentarse en la silla y continuó poniendo en orden los papeles.

—Paul, ¿puedes dejar un momento eso…?

—¿Para qué…? Es importante.

—¿No crees que soy más importante yo?

Paul se echó a reír y se levantó.

—Perdona, pequeña. Creo que no te he prestado la atención que tú mereces.

—¿Puedo hacerte una pregunta confidencial, Paul?

—Desde luego.

—¿Qué sientes por mí…?

Paul parpadeó.

—Bueno, resulta bastante fácil decirlo.

—Pues dilo, entonces.

—Tú eres maravillosa…

—¿De veras te parezco maravillosa…?

—Más que eso.

—¿Cuánto más…?

—Tú eres…, tú eres… la criatura más angelical del mundo, con una mezcla de diablo.

—Ángel y diablo…

—Te aseguro que la combinación es algo definitivo, Maureen… Tienes encanto, seducción…

—¿Serías feliz conmigo…?

—Claro que sería feliz, pero será cuestión de probarlo.

Atrapó a Maureen por la cintura y la besó en los labios.

Cuando él apartó la cara, vio que la joven tenía los ojos cerrados.

Entonces, le dio otro beso.

Cuando se apartó de nuevo, ella abrió los párpados y dijo:

—¿Qué has sentido mientras me besabas, Paul…?

—Yo he tenido la sensación de que estaba bebiendo un elixir… Sí, querida, el mejor de todos los que bebí hasta ahora…

—Pero yo no he bebido nada…

—¿No…? Bueno, fue un descuido mío. Volveremos a empezar.

Atrapó a la joven y la besó de nuevo.

Cuando terminó, preguntó sonriente:

—¿Y ahora…?

—Sigo lo mismo que antes.

—Demonios, debes estar como cuando se hace una travesía por el desierto. Necesitas una dosis extra…

Unió los labios a los de ella por cuarta vez.

En ese momento se abrió la puerta.

—Eh, Paul —dijo la voz de Max—. Te dije que ordenases el archivo.

Paul se apartó de Maureen…

—Oh, sí, Max, pero es que vino a vernos Maureen.

—¿A vernos? —contestó Max con un gruñido—. ¿Por qué me incluyes a mí…?

—Los dos somos sus amigos.

Max dirigió una mirada a Maureen. Le hizo un saludo.

—Voy a echar una ojeada a los caballos. Cuando termines con el archivo da una vuelta por el establo… No se llevarán la dinamita hasta dentro de una hora y conviene que uno de los dos esté allí.

—Sí, Max…

El marshall desapareció por el corredor que conducía al patio.

—Lo siento, nena —dijo Paul—. Pero ahora tengo trabajo…

—Sí, me marcharé.

—Vuelve por aquí esta tarde y continuaremos hablando del

elixir…

—Desde luego, Paul. Hasta luego.

La joven salió de la comisaría.

Paul ordenó los papeles y los guardó en un cajón.

En ese momento llegó Max del patio.

—Vaya, ¿ya se fue Maureen…?

—Sí.

—¿Qué pasó entre vosotros…?

—Ya lo viste, la chica está muertecita por mí…

—No había lugar a dudas.

Paul se palmeó el pecho con aire de jactancia.

—Siempre me ha pasado lo mismo… Ya sabes, guapo que es uno…

—Lárgate de una vez a vigilar la dinamita, y no vuelvas hasta que te releve.

—A la orden, jefe.

Paul salió de la oficina.

Max se puso a liar un cigarrillo.

En ese momento se abrió la puerta. Creyó que era Paul que había olvidado algo, pero se trataba de Maureen.

—Si buscas a Paul, ya se largó. Acaba de salir.

—No busco a Paul…

La joven echó a andar hacia Max, en la misma forma que lo había hecho antes con Paul, con las manos a la espalda.

Vio como el marshall terminaba de liar su cigarrillo. Entonces, dijo:

—¿Puedo pedirte algo, Max?

—Si está en mi mano satisfacerte…

—Desde luego.

—¿De qué se trata, Maureen?

—Dame un beso.

—¿Eh…?

—Que me des un beso —dijo ella y cerró los ojos.

Max la miró con la cabeza ladeada, sin levantarse, de la silla.

Ella, al cabo de un rato, abrió los ojos.

—Max, ¿acaso el reglamento te impide darme un beso…?

—No, desde luego.

—Entonces, ¿a qué estás esperando…? Dámelo…

Max dejó el cigarrillo sobre la mesa. Se puso en pie, se inclinó sobre la muchacha y la besó durante una fracción de segundo.

—Eh, Max… ¿qué es lo que has hecho…?

—Lo que me pediste, darte un beso…

—Pero ¿qué clase de beso es ése…? Así no se besa a una mujer.

—Yo no tengo la técnica de Paul. Si quieres otra clase de beso, pídeselo a él…

—Pero yo quiero un beso tuyo, y que sea como si besases a la mujer que amas con todas tus fuerzas…

Max frunció el ceño.

—¿Para qué quieres eso…?

—Estoy haciendo un experimento.

—¿Qué clase de experimento…?

—No te lo puedo decir, y deja ya de hacerte el pesado. ¿Es que quieres que te lo pida por favor…?

—No hace falta.

Max se plantó delante de la joven, la enlazó por la cintura y la apretó fuertemente contra sí, uniendo su boca con la de ella.

Transcurrieron cinco segundos y Max se apartó.

La joven abrió poco a poco los ojos, reflejando un gran asombro.

Max volvió a ocupar la silla, se puso el cigarrillo en los labios, y lo encendió con un fósforo.

—¡Max…! —dijo Maureen.

—No me digas que te dé otro beso como ése porque no lo voy a hacer…

—Oh, Max… Ahora siento el elixir…

—¿Qué…?

—El elixir de que habló Paul… Y él se equivocó… No fue entonces cuando yo tuve la sensación de que había hecho una larga travesía por el desierto, sino ahora… Oh, Max, es maravilloso…

La joven dio una vuelta sobre sí misma poniendo las manos sobre su pecho.

—Oye —dijo Max—. ¿Te encuentras mal…?

—Nunca me he encontrado mejor.

La joven echó a correr y salió de la comisaría.

Poco después, volvía a entrar en el restaurante.

Coleman estaba comiendo.

Se levantó.

—Señor Coleman —dijo Maureen plantándose delante de la mesa—. Ya quedó todo solucionado… Usted tenía razón. Los vi por separado de uno en uno, y así pude resolver mi gran problema…

—¿Cuál fue el agraciado…?

—Max Bates —contestó la joven, y tras una pausa agregó—. Pobre Paul, ¿qué va a ser de él…? Dios mío, espero que no se suicide…

CAPÍTULO XIV

Paul Allison dobló el callejón, camino del establo de Urias Jones, donde se guardaba la dinamita.

De repente, de un barril que había delante, surgió un hombre que le puso el cañón del revólver ante la cara.

—Cuidado, señor Allison. Intente sacar el revólver o haga un guiño con un ojo, y lo envío al cementerio.

—¿Puedo respirar…?

—Premio al chiste.

En aquel momento, otro revólver se apoyó en la espalda de Allison y éste soltó una maldición porque lo habían atrapado entre dos fuegos.

El hombre del barril saltó fuera, aprovechando que su compañero mantenía a raya a Paul.

—¿Qué es lo que quieren ustedes…? Si es la cartera, cójanla y lárguense.

—No es la cartera, y usted lo sabe… Vamos a ir a ese establo…

—Cuatreros, ¿eh?

—Continúe con sus ingeniosidades y se va a ganar una píldora para el reuma.

—No sufro de reuma.

—Para la tos, y no me diga que tampoco está mal de los bronquios porque le demuestro en seguida lo contrario…

—Está bien, iré al establo con ustedes.

—No le vamos a despojar del revólver para que sus amigos no se den cuenta de lo que pasa, pero será mejor que no intente sacar, o se la gana…

—Nunca me ha gustado el papel de héroe muerto.

—Así se habla, ayudante de marshall.

Paul recuperó el movimiento y los dos hombres que lo habían capturado lo siguieron de cerca.

Paul acortó el paso cuando se acercaban a la puerta del establo.

Uno de los tipos lo empujó con el cañón de la pistola.

—No se detenga, ayudante.

Paul pasó al interior y los dos forajidos se sirvieron de él como escudo.

Tres ciudadanos de Los Llanos se encontraban allí, vigilando las cajas que habían viajado desde Center City.

—Fuera las armas, lo dice Dudley Kenton…

—Obedezcan, muchachos —dijo Paul.

Los tres guardianes dejaron caer los rifles en el suelo.

Dudley Kenton se echó a reír.

—¿Qué te parece esto, Frankie…? Ya le dije al jefe que tú y yo seríamos capaces de poner las cosas en orden… Todo consiste en tener un poco de cabeza para manejar un asunto como éste.

El llamado Frankie rió de oreja a oreja.

—Ya nos hemos ganado los doscientos dólares que nos prometió el jefe si convertíamos este establo en una cohetería.

Dudley Kenton sacó algo del bolsillo. Era una mecha de una yarda.

—Escuchen todos… Les daré una oportunidad para que se salven, pero han de estarse quietecitos… Frankie, vigílalos bien, y al primero que se mueva, le atizas plomo.

—Descuida, Dudley…

El forajido que manejaba la mecha arregló ésta en unos momentos para ponerla en contacto con el interior de uno de los cajones. Luego, tranquilamente, pegó fuego a la mecha con un fósforo, la cual empezó a arder.

—Bien, muchachos —dijo Dudley manejando otra vez el revólver—. Acérquense aquí y pónganse cara a la pared.

Los tres ciudadanos de Los Llanos y Paul obedecieron.

De pronto, Frankie y Dudley empezaron a golpear en la cabeza de sus prisioneros. Dos de ellos se desplomaron.

Paul quiso defenderse, pero Dudley lo cazó de un culatazo, y Frankie se encargó del último.

Los cuatro quedaron en el suelo sin conocimiento.

Dudley rió.

—Bien, chico, vámonos antes de que esto salte por el aire… No quiero irme al otro mundo con estos cuatro angelitos.

Frankie rió el chiste.

Pero oyeron una voz por una puerta de la derecha.

—Quietos, muchachos.

Frankie no se estuvo quieto porque quiso utilizar el revólver.

Max era el hombre que había aparecido sorpresivamente e hizo fuego.

Frankie vio cómo su «Colt» le era arrancado de la mano.

Dudley arrojó el arma.

—No dispare, marshall… Nos rendimos.

Max se acercó a ellos.

—¿Dónde están los otros…?

—Sólo vinimos nosotros dos…

—Quisiera creerlo, pero no puedo.

—Le juro que sólo vinimos nosotros dos… —Dudley miró temerosamente la mecha que estaba ardiendo.

Max dio un suspiro y observó a los cuatro hombres que estaban tendidos sin sentido en el suelo.

—No debieron hacer eso con los muchachos… —Su voz estaba desprovista de emoción.

Dudley y Frankie miraron con temor la mecha.

—Eh, marshall, ¿todavía no se ha dado cuenta…? —dijo Dudley.

—¿De qué…?

—De la mecha…

—No sé a qué se refiere.

Los dos forajidos se quedaron con la boca abierta.

—¿Es que no se da cuenta…? La mecha está ardiendo…

—No sé lo que veréis vosotros, pero yo no veo ninguna mecha.

Los ojos de los pistoleros se agrandaron más.

—Eh, marshall —rezongó Dudley—. No se habrá vuelto loco, ¿verdad…? Vinimos aquí para hacer saltar la dinamita… he puesto una mecha en ese cajón… ¿Por qué no mira hacia allí…?

—Claro, yo miro hacia allí y vosotros os aprovecháis… Está demasiado visto…

—Oiga, marshall, ¿por qué no vuelve solo la cabeza y se entera…?

—No hay nada que hacer. Esperaremos a que mis compañeros

recuperen el sentido…

Dudley y Frankie, nerviosos, retorcieron las manos sobre el estómago, sin dejar de mirar la mecha que ardía.

Un palmo más, y sobrevendría la explosión.

CAPÍTULO XV

Dudley se arrojó de rodillas al suelo.

—Marshall, por lo que más quiera… No pretendemos engañarlo… Mire la mecha… Si no salimos de aquí en diez segundos, despertaremos en el infierno…

—Sería cosa tuya por haber sido un canalla.

—Prometo ser un buen chico a partir de ahora, marshall, y Frankie también lo promete, ¿verdad, muchacho…?

—Juro decir la verdad, nada más que la verdad y sólo la verdad —repuso Frankie, que ya no sabía dónde se encontraba.

Pero Dudley todavía era presa del histerismo.

Dudley quiso echar a correr utilizando sus rodillas.

—Quieto, muchacho, o te reviento la cabeza —dijo Max.

Frankie, no pudiendo resistir más la emoción del momento, se echó en el suelo y se cubrió la cabeza con las manos.

Dudley estaba bañado en sudor.

La mecha llegó al final de su recorrido.

Dudley lanzó una carcajada, como si estuviese loco, los ojos saliéndosele de las órbitas.

—¡Marshall, usted también se viene con nosotros…!

La mecha se apagó.

Pero no sobrevino ninguna explosión.

Transcurrieron unos segundos y, entonces, Max dijo:

—Se me olvidó deciros algo, muchachos… La dinamita ya no está aquí.

Dudley no reaccionó ante, aquello. Seguía mirando el cajón como un perturbado mental.

Frankie alzó la cara.

—¿Qué es lo que ha dicho, marshall?

—Imaginamos que alguien vendría aquí a jugar con la dinamita y la cambiamos de sitio durante la noche… Esos cajones sólo contienen paquetes de tierra…

Frankie, que tenía los ojos llenos de lágrimas por el pánico se echó a reír.

—Eh, Dudley, eso tuvo gracia. Nadie iba a volar…

Pero Dudley todavía era presa del histerismo.

—Quiero un plato de habichuelas con dinamita y, para beber, un vaso de dinamita… Soy un tipo importante… La dinamita no puede conmigo…, no puede…

Paul y los otros, que habían quedado sin sentido, lo fueron recuperando poco a poco.

—Llévatelos a la cárcel, Paul —dijo Max—. Yo avisaré al doctor para que le eche un vistazo a Dudley. Creo que está perturbado… Pero es culpa suya por haber jugado con fuego.

* * *

Phil Roberts pegó una palmada en la cadera de Evelyn.

Ya estaba de buen humor, y eso se debía a Evelyn y al plan de Dudley Kenton.

—Nena, tendrás que darme una participación en el negocio.

—Yo te doy todo lo que quieras —dijo ella poniendo mucha intención en sus palabras.

Él se echó a reír.

—Las mujeres sois el mismísimo demonio. Uno habla con inocencia, y enseguida lo interpretáis mal.

Tiró de la rubia y la joven se venció sobre él lanzando un gritito.

Phil la besó en la boca.

—Evelyn…, Evelyn —dijo Roberts—, eres, capaz de enloquecer a un hombre…

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¿Quién es el imbécil? —preguntó Roberts.

En seguida lo vio. Era uno de sus hombres, el cual respondía al nombre de Aldo.

—¿Qué pasa, Aldo…?

—Acaba de llegar un tipo de Los Llanos. Trae un chiste. Dice que te dará información a cambio de cincuenta dólares… ¿Lo mato ya…?

—¿Qué clase de información…?

—¿Cómo lo voy a saber si no le doy los cincuenta dólares…?

—Tráelo aquí, pedazo de idiota…

—Sí, jefe.

Poco después entró el hombre de Los Llanos, un individuo de talla media y mejillas chupadas.

—Que le aproveche, señor Roberts —dijo mirando a la rubia.

—Eres un descarado, ¿eh…?

—No lo tome a mal, señor Roberts. Sólo le alabo el gusto por la mujer que tiene entre manos…

—Basta. ¿Qué es lo que quieres decir…?

—Algo que le interesa mucho.

—Suéltalo.

—Perdone, señor Roberts, pero todavía no he visto el color de su dinero.

Aldo alzó su revólver.

—¿Me lo cargo ya?

Los ojos de Roberts echaban fuego. De buena gana hubiese asentido.

Roberts se levantó y fue al lado del tipo de las mejillas chupadas.

—Espera, Aldo, si el muchacho, tiene algo que vender, es justo que cobre.

—Sí, jefe, como usted quiera…

Robert se levantó y fue al lado del tipo de las mejillas chupadas.

—¿Cuál es tu nombre, chico…?

—Bill Durant.

Roberts metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes.

—Está bien, Bill, ya estás viendo el color de mi dinero.

—¿Me va a dar los cincuenta dólares…?

—Desde luego.

Bill Durant se mojó los labios con la lengua.

—Sus hombres se comportaron como un par de novatos. Detuvieron al ayudante del marshall y se colaron donde estaba la dinamita, y hasta le prendieron una mecha… Pero Max Bates demostró ser más listo que ustedes…

Aldo puso el dedo en el gatillo.

—¿Me lo cargo ya, jefe…?

—No, Aldo, ¿es que no ves que Durant me está informando…? Anda, continúa.

Su visitante echó una mirada a las piernas de la rubia.

—Max Bates sacó la dinamita durante la noche y puso en su lugar paquetes de arena… Sus dos hombres hicieron el ridículo, señor Roberts… Por cierto, que uno de ellos se volvió loco, el que se llama Dudley Kenton… Total, que Max Bates les tomó el pelo bien tomado.

Una venilla se hinchó en la sien de Roberts.

—¿Dónde está la dinamita…?

—En la montaña.

—¿Qué…?

—La llevaron allí Coleman y veinte hombres… ¿Se da cuenta, señor Roberts…? Las autoridades y los otros centinelas se quedaron en el pueblo para burlarlos a ustedes y está claro que lo consiguieron. En resumen, que dentro de poco los del pueblo habrán conseguido que las aguas del río Cerezos vuelvan a su cauce, y usted pasará la mano por la pared.

La cara de Phil Roberts era la viva representación de la ira.

Poco a poco su respiración se hacía entrecortada.

Bill dijo:

—Y ahora, ¿me paga ya, señor Roberts…?

—Desde luego.

—Yo soy pobre. Pero ahora que tengo la posibilidad de hacer un negocio con usted, no lo he querido desaprovechar.

Roberts se alejó unos pasos y dijo:

—Aldo, paga al muchacho.

Bill dio un respingo.

—Eh, señor Roberts, lo que yo quiero es cobrar de verdad…

—Pues ahí te presento a Aldo, que es mi cajero.

Aldo apretó el gatillo.

Bill Durant se fue hacia la pared al recibir el impacto en el estómago. Soltó un aullido.

Aldo, esbozando una sonrisa, hizo otro disparo, mientras decía:

—¿De qué te quejas, muchacho…? Estás cobrando en grande, como debe ser…

Bill Durant miró a la rubia. No, nunca podría ser de él una mujer como ella… Y era una pena, maldita fuese…

CAPÍTULO XVI

Maureen estaba en casa del juez Wilson.

—No sabe cuánto le agradezco este préstamo, señor Wilson.

—No tiene importancia, muchacha.

—Pero no sé cuándo podré devolverle el dinero.

—Claro que podrás. Ahora las cosas van a cambiar en Los Llanos.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Luke Oven.

—Eh, prima, hemos de marcharnos de aquí cuanto antes…

—¿Tú y yo…?

—Claro.

—¿Qué truco estás buscando para quedarte con la herencia de tío Spencer?

—No es ningún truco… Ya olvidé lo de la herencia, y me alegré mucho de que tus tierras sean prósperas, cuando dejen de ser un charco… No me refería a eso, sino a lo que está pasando en el hotel… Tuve que fugarme por la ventana.

La joven dio un suspiro.

—Ya veo que sigues tan enfermo como ayer.

—Lo estaba, pero ya me he curado… Han llegado varios forajidos al hotel. Por lo que oí, su jefe es un tal Roberts, y han atrapado rehenes.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Maureen trémula la voz.

—Se han apropiado de varias mujeres… Ellas daban gritos… Hemos de avisar al marshall.

—El marshall no está aquí, ni tampoco su ayudante.

—Entonces, lo que yo dije, hemos de correr… Llegó el sálvese quien pueda.

Maureen miró al juez.

—¿Qué se le ocurre a usted…?

Wilson estaba muy serio.

—Me temo que a Roberts se le ha ocurrido una idea diabólica. Dentro de una hora aproximadamente sobrevendrá la explosión en la montaña, y allí están todos los nuestros. Nada se puede hacer por esas mujeres…

—Pero hay que hacer algo, ¿no se da cuenta, juez…? Mi primo lo acaba de decir. Las van a utilizar como rehenes. Coaccionarán al alcalde, al marshall.

—Sí, ya lo imagino, pero no se me ocurre ninguna idea para echar por tierra el plan de ese forajido…

Luke danzaba nervioso.

—Eh, prima, ¿por qué te entretienes ahora en una discusión tonta…? Vámonos de aquí y salvaremos el pellejo.

—No puedo, Luke.

—¿Por qué no?

—Porque éste es el pueblo que el destino eligió para que yo tenga un hogar y unos hijos… Y yo debo corresponder al destino defendiendo lo que me pertenece…

—No te entiendo una palabra.

—Juez —dijo Maureen—. ¿Puede llegarse hasta la montaña para avisar a Max Bates…?

—Desde luego.

—Yo, mientras tanto, iré a hablar con Roberts.

—De ninguna manera… Abandona esa idea, puede ser peligrosa para ti, Maureen.

—Juez, yo no puedo cruzarme de brazos y esperar que Max o Paul nos saquen las castañas del fuego… Debo cooperar con ellos.

El juez sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien, ahora mismo me voy a avisar a Max.

—¿Y yo qué hago…? —preguntó Luke.

—Quédate aquí, o métete debajo de la cama —respondió Maureen y salió de la oficina del juez, encaminándose al hotel Juno, donde estaba hospedado Luke Oven.

* * *

Habían atrapado a ocho mujeres.

Dos de ellas eran muy hermosas.

Estaban en el vestíbulo del hotel.

El dueño, y al mismo tiempo encargado del registro, se llamaba Edmund Kremer y era un tipo alto, robusto.

—Eh, ustedes, no pueden hacer lo que están haciendo —gritó.

Roberts hizo una señal y el hombre que estaba más próximo a Kremer le soltó un puñetazo.

Algunas mujeres lanzaron gritos.

Kremer escupió dos dientes y un chorro de sangre.

—Son ustedes unos canallas.

El tipo que lo había golpeado, lo volvió a cazar, ahora en la sien.

Kremer rodó por el suelo, quedando sin sentido, junto a la pared.

Otra vez las mujeres gritaron, sobrecogidas de terror.

Roberts desparramó la mirada por sus prisioneras.

Roberts se había llevado toda su gente al pueblo porque sabía lo que se jugaba.

—Eh, Glen —dijo ahora Phil—. Te vas a llegar a la montaña donde va a estallar la dinamita.

—Usted quiere mandar un mensaje diciendo que no hagan la explosión.

—No, imbécil, no es eso…

—¿Qué es, entonces, jefe…? Hable por esa boca para que yo me entere…

—Los dejarás que utilicen la dinamita.

—No le comprendo, jefe.

—Calla, y escúchame.

—Sí, señor, soy todo orejas…

—Como te decía, dejarás que lleven a cabo la explosión. Luego te entrevistas con el marshall, ese Max Bates.

—¿Y qué le digo…?

—Le dices que él, su ayudante y Coleman se han de llegar aquí para hablar conmigo y que los demás hambres se han de quedar donde están… Sólo han de venir ellos tres, porque tengo algo importante que informarles.

—Suponga que se niegan a venir…

—Entonces, le dices lo que pasa aquí… Que soy el amo del pueblo… Que tengo ocho prisioneros y que son mujeres… No te preocupes, ellos vendrán… Lárgate de una vez.

—Sí, jefe.

Glen salió del hotel.

Luego, Roberts paseó por frente a las mujeres. Algunas de ellas seguían llorando.

De repente, por el corredor que conducía a la parte trasera del hotel, apareció una joven.

Era Maureen Oven. Tenía una pistola en la mano.

—Todo el mundo quieto. Estoy apuntando al señor Roberts. Si alguien se mueve, le meto una bala en los intestinos.

Los pistoleros se quedaron como estatuas, pero el más quieto era el propio Phil Roberts.

—Eh, tú, chica —dijo—. Baja ese revólver…

—No lo bajaré hasta haber hecho justicia con usted…

En aquel momento llegó un hombre por detrás de Maureen y se lanzó sobre ella.

La joven dio un chillido al perder el arma, pero ya no pudo hacer nada.

CAPÍTULO XVII

Maureen gritó como una fiera.

Quiso quitarse de encima al forajido a zarpazos.

Sus uñas desgarraron el cuello varonil.

El pistolero lanzó un aullido retrocediendo.

La joven echó a correr por el pasillo, pero el tipo la cogió de un pie y tiró de él fuertemente.

Maureen quedó de bruces.

Roberts tenía los ojos brillantes observando a aquella mujer, cuyo salvajismo, para él, no tenía precedentes.

—Eh, nena, ¿quién eres tú…?

Maureen se sopló un mechón de pelo que le había caído sobre el ojo izquierdo y exclamó:

—¡Váyase al infierno!

Roberts rió enseñando los dientes blancos y bien alineados.

—¿De dónde saliste tú, pequeña…? ¿De un circo o te trajeron directamente de la jungla…?

Maureen se puso en pie. Ya había perdido las esperanzas de escapar.

Observó a las mujeres que estaban allí y en cuyos rostros, mientras ella tuvo el revólver en la mano, había alentado la esperanza.

—Señor Roberts, deje a estas mujeres libres…

—¿Lo oís, muchachos…? Aquí tenemos a la chica que se ha convertido en la cabecilla de la banda.

Se oyeron risas.

Maureen puso los brazos en jarras.

—Señor Roberts, usted no puede ser tan puerco como para hacer una cosa como ésta.

—¿A qué cosa te refieres, dulzura…?

—Usted lo sabe bien. A capturar como rehenes a mujeres inocentes… Si de verdad tienen tantas agallas como creen, limítense a luchar con los hombres. Es lo correcto.

—Tienes talento, pequeña, pero tu consejo no me sirve, porque yo soy un tipo que no respeta la ley, ¿no lo sabes…? Y tampoco respeto el sexo… He atrapado a las mujeres como prisioneras para lograr lo que me propongo, ser el amo de Los Llanos. Se me metió entre ceja y ceja, y no consentiré que nadie se interponga en mi camino.

—Hay una persona que le hará morder el polvo.

—¿Sí…? ¿Quién es…?

—Max Bates.

Roberts entornó los ojos.

—Es curioso… Y me acabo de dar cuenta de una cosa. Tú eres la chica que acompañó a Max Bates y a Paul Allison desde Center City hasta Los Llanos.

—Sí, yo soy esa mujer…

—Ahora Max Bates es el marshall de Los Llanos y Paul Allison su ayudante, pero sólo te has referido a que Max Bates me ajustará las cuentas… ¿Sabes que empieza a gustarme que hayas venido aquí…? Yo te diré por qué, preciosidad. Tú eres la chica de Max Bates.

—Tiene usted un cerebro muy tortuoso, señor Roberts. Yo no soy la chica de Max Bates ni de nadie.

—Bueno, es posible que él no sepa nada todavía, pero apuesto a que estás enamorada de Bates.

—Eso es asunto mío.

—Mío y tuyo, preciosa, y por eso vamos a hablar a solas…

—Olvídese de mí.

—Vas a subir conmigo a la *suite* matrimonial.

—Va a subir su tía…

Roberts sacó el revólver.

La joven levantó la barbilla.

—Máteme, no le tengo miedo. Prefiero eso a subir con usted a la *suite* matrimonial…

—Eres muy valiente.

—Hablo en serio, señor Roberts, y usted lo sabe bien.

—Voy a hacer un pequeño cambio. —Roberts movió el revólver

y apuntó a la primera mujer de la fila—. Voy a matar a esa joven…

—¡No haga usted eso…! —gritó Maureen.

—Lo haré si no subes conmigo. Contaré hasta tres y me la cargaré… Luego, te daré otros tres segundos para que vengas conmigo, y si para entonces tampoco te has decidido, mataré a la segunda mujer, y así seguiré liquidándolas a todas… ¿Qué? ¿Te gusta…?

—¡Es usted un infame!

—Vamos a empezar el espectáculo… Uno, dos…

—Iré a la *suite* con usted… No mate a esa mujer.

Roberts le sonrió.

—Va suponía que llegaríamos a un acuerdo.

—No he llegado a ningún acuerdo con usted. Me obliga con una sucia estratagema.

—Da lo mismo, el caso es que vendrás conmigo… Muchachos, ya sabéis lo que tenéis que hacer con las otras… Cuatro de vosotros permaneceréis de guardia en la calle… Avisadme en cuanto llegue Glen.

Maureen precedió a Roberts en el camino a la *suite*.

Se mordía con fuerza el labio inferior. Nunca había sentido tantas ganas de llorar.

Roberts abrió la puerta de la habitación y empujó a la joven al interior.

Maureen corrió hacia la ventana y Phil la siguió.

La joven logró abrir e intentó arrojarse a la calle.

Roberts la atrapó y le pegó un fuerte bofetón, enviándola hacia el lecho.

—¿Qué ibas a hacer, estúpida…?

—Matarme.

—¿Por qué, si yo sólo te quiero ofrecer besos y caricias…? ¿No es eso lo que estás deseando desde que saliste de la niñez…?

—No diga esas cosas, puerco de cuatro patas.

—Vamos, nena, será mejor que te prepares.

Roberts se quitó la chaqueta y la arrojó a una silla.

Maureen se dijo que atraparía el revólver de Roberts. Tenía que arreglárselas para ello y luego, le metería cuatro balas en la barriga. Es lo que se merecía un canalla como Phil Roberts.

—Ven aquí, preciosidad…

Maureen se dijo que debía engañarlo. Haría cómo que se conformaba con su suerte. Sólo de ese modo podría quitarle el «Colt» que había dejado sobre la silla.

Se acercó a Roberts y él le puso las manos sobre los hombros.

—Nena, eres grandiosa… Palabra que Max Bates iba a lograr algo sensacional… ¿Cómo no te encontré antes?

—Nunca había estado en una porqueriza.

En aquel momento se oyó una lejana explosión.

—Ya han tirado abajo la montaña —dijo Roberts sonriente.

Ella había dado la vuelta por detrás de él y atrapó el revólver.

Pero Phil se volvió hacia ella y la tomó por la muñeca.

Le bastó una presión para que Maureen soltase el arma.

—¿Qué ibas a hacer, pequeña…?

—Levantarle la tapa de los sesos.

—¿Por qué no eres un poco más dulce conmigo ahora que las cosas se están poniendo bien para mí…? Las aguas del río Cerezos han vuelto a su cauce. Vuestra dinamita cumplió su fin. Ahora me alegro, porque me habéis hecho un ahorro de dinero y me habéis evitado trabajo… Pero yo seré el ganador que se lo lleve todo… ¿Lo oyes, pequeña? Pagaréis por la dinamita como si yo la hubiese traído y, además de eso, me voy a quedar con la novia de Max Bates… Y ahora, pequeña, ya basta de tonterías… Para ti y para mí ha llegado la hora del amor.

Phil buscó la boca de ella para besarla.

La apretaba muy fuerte contra sí, pero Maureen movió la cara de un lado a otro, y Roberts sólo pudo besarla en la mejilla o el cuello.

En aquel momento se abrió la puerta de golpe.

Roberts se apartó de Maureen y atrapó de nuevo el revólver.

Maureen vio asombrada que era su primo Luke Oven que llegaba con una bandeja.

—Aquí tiene su refresco de grosella, señor Roberts.

Phil frunció el ceño.

—¿Quién ha pedido refresco de grosella…?

—¿No ha sido usted, señor…?

—Yo sólo bebo *whisky*, estúpido.

—Entonces, bébalo como si fuese un regalo de la casa… ¿Dónde se lo pongo…?

—Échatelo por la cabeza para que te refresque.

—En seguida, señor —asintió Luke cogiendo el vaso, y se lo volcó sobre la cabeza—. Traigo otro para la señorita.

—Vuélcatelo también.

—En seguida, señor.

—No —dijo Maureen—, yo tengo sed; démelo…

—Al momento, señorita —dijo Luke, y se acercó a Maureen.

La joven tomó el refresco de grosella y bebió.

Roberts hizo rechinar los dientes.

—Eh, tú camarero, sal inmediatamente de aquí o te meto una bala por las narices…

—Desde luego, señor Roberts… Ya me voy, pero antes dígame qué es lo que quiere para comer.

—¡No tengo ni pizca de hambre…! —Los ojos de Roberts chispearon llenos de furia—. Lárgate.

—Yo tengo hambre —dijo Maureen.

—Está bien, pide lo que quieras.

—Tráigame sopa y para luego, truchas con salsa verde.

—No tenemos truchas.

—¿Qué es lo que tienen…?

—Unos lenguados que dicen comedme.

—Está bien, me trae lenguados…

Roberts rugió:

—¡Y de postre, una manzana! ¡Fuera…!

—Sí, señor… Ya me voy… Ah, a propósito, también tenemos un pastel de chocolate que es una delicia… Se lo recomiendo a usted especialmente, señor Roberts…

—¡No quiero nada, maldita sea…!

—Yo sí quiero chocolate —dijo Maureen.

—Estupendo, uno de chocolate para la señorita… Hasta luego.

Luke salió de la estancia.

Roberts dijo:

—Si se queda un segundo más, le vacío la cabeza a ese pájaro loco.

Luke entró en aquel momento llevando una bandeja con un pastel de chocolate.

—Aquí tiene lo que pidió, señor Roberts. Se ve que tiene gusto…

—¿Qué estás diciendo…?

—Perdone, señor, pero no me pude dar más prisa… Tenga en

cuenta que han sido necesarios medio kilo de chocolate y seis huevos para hacer su pastel… Los cocineros le piden perdón a usted por haberse demorado cinco segundos.

Roberts cerró y abrió los ojos.

Aquello no tenía sentido. Era como vivir una pesadilla.

Pero él sabía cómo arreglarlo, cargándose al camarero.

Levantó el revólver.

—¡No…! —gritó Maureen al ver las intenciones de Phil.

En aquel momento se abrió otra vez la puerta y una voz dijo a espaldas de Phil:

—Roberts, tire ese revólver…

—¡Max! —exclamó Maureen.

Phil Roberts no tiró el revólver, sino que se volvió rápido y ya estaba disparando, teniendo en cuenta la voz de Bates.

Pero Max no se había quedado en el mismo sitio, y sus dos balas sólo agujerearon la puerta.

Max, una yarda a la izquierda, apretó también el gatillo.

Un plomo se incrustó en el corazón de Phil Roberts y lo partió por la mitad.

Roberts se tambaleó. Ante sus ojos se interpuso una nube esponjosa.

Luego, le llegó la muerte y se derrumbó.

La joven echó a correr y se arrojó en brazos de Max Bates, quien la estrechó contra sí.

—Los demás pistoleros están abajo en manos de nuestros hombres… —dijo.

Ella lo miró sonriendo.

—Max, ¿ya te enteraste de que es a ti al único que quiero…?

—Claro que me enteré, aunque me costó un poco de trabajo.

Luke estaba sentado en la cama, teniendo sobre sus rodillas el pastel de chocolate, que comía con las dos manos.

—Eh, oigan… ¿Saben que esto está muy bueno…?

Maureen le dirigió una mirada.

—Luke, desde ahora mismo te proclamo el mejor primo del mundo.

Max y la joven salieron de la *suite*.

Coleman y Allison estaban al fondo del corredor.

Paul decía a Coleman:

—Bueno, ahora no tendré más remedio que traerme a Helen a Los Llanos. Supongo que durante esta semana habrá ahorrado lo suyo… Es la mujer que me conviene…

Coleman le dio una palmada en la espalda.

—Tuve mucha suerte al encontraros en mi camino y, de rechazo, también sirvió para Los Llanos… Al fin pude contratar a dos hombres temerarios…

FIN